

El viaje de Unamuno a Las Hurdes (1913) (Cartas y documentos)

En esta misma revista publiqué, va para tres años, el *Informe* que, sobre la Inspección escolar a Las Hurdes, hizo en 1912 Feliciano Abad¹. Allí prometí dar a conocer un día al *Diario del viaje a Las Hurdes*, llevado a cabo por el entonces rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno; texto inédito y que hoy me permito publicar por primera vez. Su original se halla en la Casa-Museo de Unamuno, de la Unversidad de Salamanca. Está escrito en folios por ambas caras, que primitivamente formaron parte de un block, del que han sido separados por la incuria de los hombres. En hoja aparte, aunque relacionado con él, hay un breve croquis del itinerario a seguir. Es un pequeño mapa elemental de la comarca hurdana trazado por el maestro de Casar, Feliciano Abad, como diré luego.

Las hojas parecen aparentemente no tener mayor valor, pero, una vez transcritas y analizadas, nos permiten conocer aspectos íntimos de la vida de don Miguel, así como de su forma de trabajar, a la vez que nos dan luces sobre algunos de sus escritos, y nos revelan un poema inédito.

En ese cuaderno de viaje, que Unamuno llevó consigo allí donde iba, fue escribiendo a vuela pluma lo que veía, a lo que le decían, las

¹ Laureano Robles, 'Las Hurdes a principios de siglo (Inspección escolar, por F. Abad y M. Unamuno). Introducción y notas de...', en *Revista de Extremadura*, n. 6 (1991), 65-97.

ideas que le venían a la cabeza; ideas que luego, en el silencio meditativo, le sirven de memoria y recuerdo para sus posteriores escritos. Maurice Legendre, que le acompañó en el viaje, recordará —años más tarde— cómo iba tomando notas en el lugar concreto; añadiendo a continuación: «Miguel de Unamuno voit, et fatir voir, admirablement»². En efecto, fruto de esas notas son los cinco artículos que aquí reproducimos, redactados con ellas, y que completan el *Diario*.

Viajar hoy a las Hurdes es un placer. Miles de turistas nos acercamos a ellas los fines de semana para gozar del paisaje (y degradarlo también). El coche te permite correr la comarca por sus carreteras en unas horas; pero al final todo queda, las más de las veces, en cuatro fotos que haces, si las haces, y en una pipa de boj, comprada al «tío Quico». Hoy nadie descubre ya nada, porque no hay rincón donde antes que tú no haya estado alguien, que diría Cela.

El viaje de Unamuno a Las Hurdes fue muy distinto al que hacemos hoy, y obedeció a muy otras razones. Unamuno, como rector de la Universidad de Salamanca, en aquel entonces, era responsable del tema educativo. Desde Cáceres a Zamora, con las provincias de Salamanca y Ávila incluidas, era la autoridad delegada del Gobierno con competencia académica sobre todas ellas. Unamuno, metido de lleno y comprometido por esos años en una campaña agraria³, quiso conocer *in situ* la comarca hurdana, de la que tan mal se hablaba, por depauperada, atrasada e incomunicada. En aquel entonces la mayoría de sus pueblos o aldeas carecían de luz eléctrica y de los modernos adelantos técnicos; no tenían carreteras y vías de comunicación. El *Informe* que, por otro lado, le dio Feliciano Abad de la inspección escolar, le debió impactar, motivando en él mayores ansias por conocer las Hurdes. «Hace ya años, lo menos dieciocho, que me llegué desde La Alberca hasta el famosísimo valle de Las Batucas, y desde entonces quedé deseoso de visitar Las Hurdes; mas aunque después he andado por la Sierra de Francia, nunca, hasta este verano, se me cumplió el deseo»⁴.

2 Maurice Legendre, *Las Jurdes. Etude de Géographie humaine*. Paris-Bordeaux, Feret & Fils, Editeurs, 1927, LVIII-512 pp. (referencia, p. 14, n. 9).

3 Laureano Robles, *Epistolario completo Ortega-Unamuno*. Edición de..., Madrid, Ediciones el Arquero, 1987, pp. 107ss.

4 Cf. doc. VII.I.

La ocasión se le presentó a Unamuno con motivo del viaje que el hispanista francés, Maurice Legendre, iba a realizar en el verano de 1913, para tomar notas para su futura tesis doctoral⁵. Desde 1910 hasta 1926, salvo el período de la gran guerra (1914-1918), M. Legendre, todos los veranos o cada año, acompañado del tío Ignacio, fue recorriendo la comarca hurdana y tomando notas sobre la problemática agrícola, ganadera, sanitaria, cultural, étnica, etc. Hoy por hoy no existe estudio científico que haya superado la obra de M. Legendre, fuente inagotable de datos y de conocimientos precisos y preciosos.

Unamuno y M. Legendre habían entrado en contacto epistolar el 26 de enero de 1907, y se conocían desde finales de julio de 1909, cuyo primer encuentro tuvo lugar en Burgos. El propio M. Legendre dirá que se encontró con Unamuno, a lo largo de su vida, unas sesenta veces en Salamanca, Zamora, Bilbao, Béjar, Las Hurdes, Madrid, París y Hendaia⁶. Las 53 cartas y 24 tarjetas que se guardan de M. Legendre, dirigidas a Unamuno⁷, dan prueba de la profunda amistad habida entre ellos.

Por una de esas cartas, escrita en París (25-VII-1913), sabemos que M. Legendre piensa ir a Las Hurdes con Jacques Chevalier pocos días después. «Estaré —le dice a Unamuno— en Madrid el 27 por la tarde; llegaré a Béjar el 30 por la mañana, donde puede buscarme en la «Fonda de España». Allí llamaré al tío Ignacio, con quien —con dos mulas— partiré para Las Hurdes, terminando la excursión en la Peña de Francia, donde permaneceré hasta el 10 de agosto, más o menos».

Las cartas que conocemos no me pertiten decir que el viaje de Unamuno haya sido preparado con antelación. M. Legendre pensaba ir, como otras veces acompañado del tío Ignacio, de La Alberca, y en esta ocasión de J. Chevalier, que también venía escribiéndose con Unamuno desde el 5 de octubre de 1907. Las 23 cartas y 46 tarjetas que se guardan suyas, dirigidas a Unamuno⁸, nos muestran a su vez la sintonía que hubo entre ellos. También J. Chevalier se hallaba, por aquellos días,

5 M. Legendre o. c.

6 Jean-Marc Delaunay, 'Souvenir de Miguel de Unamuno, 1936-1986. Inédits épistolaires et iconographiques relatifs à ses liens avec Maurice Legendre et la Casa de Velázquez', en *Melanges de la Casa de Velázquez* (Madrid), 22 (1986), 401-418.

7 Salamanca, Casa Museo de Unamuno (en adelante CMU), L. 2, 54-60.

8 Salamanca, CMU, Ch. 30-35.

metido de lleno en la redacción de su futura tesis doctoral, en la que tanto contribuyó indirectamente don Miguel.

Aquel verano de 1913, terminado el curso, Miguel de Unamuno había estado en León en las fiestas de San Juan, invitado a los Juegos Florales del 30 de junio; dato que conocemos por la correspondencia de León Martín Granizo Rodríguez⁹, por una carta del propio Unamuno al italiano Gilberto Beccari (7-VII-1913): «Después de los exámenes emprendía un viaje a tierras de León»¹⁰, y, por el artículo que nos dejara «León», en el que podemos leer: «Hace pocos días, he visitado por quinta vez la regia ciudad de León»¹¹. El mes de julio, Unamuno lo había estado pasando enclaustrado en casa corrigiendo las pruebas del *Sentimiento trágico*.

Tal vez, para desintoxicarse y descansar unos días, Unamuno decidió unirse a la expedición y acompañar a sus dos amigos franceses camino de Las Hurdes, guiados por el albercano Ignacio Pérez.

Aparte de los textos que aquí reproducimos de Unamuno, en los que se nos da relación detallada del viaje, conocemos también éste por la serie de los minuciosos detalles que nos va dando M. Legendre en su obra *Las Jurdes* y por el número 11 de la revista publicada en París, *Correspondance*, del 15 de septiembre de 1913; cuyo ejemplar fue enviado a Unamuno con esta dedicatoria: «A notre ami et compagnon de route, Miguel de Unamuno, homage de respectueuse affection, J. C. et M. L.»¹², y donde se nos dice que corrieron sus tierras acompañados de «un grand écrivain espagnol qui est d'abord un homme». En el primero de los artículos que en ella escribieron, *Impresiones d' Espagne. maîtresse de civilisation* (pp. 1-4), se nos dan los días que emplearon en la excursión: «Béjar, 29 juillet La Peña de Francia, 6 août». Los viajeros llegaron a Béjar el 29 de agosto de 1913, y tras haber pernoctado en ella, iniciaron su viaje a Las Hurdes en la mañana del 30 de julio.

⁹ Salamanca, CMU, G. 5, 97-98. Se guardan 15 cartas y 8 tarjetas.

¹⁰ Personalmente estoy trabajando en poder publicar un día el Epistolario de Unamuno. Tengo recogidas unas 2.000 cartas ya, que forman mi archivo privado sobre Unamuno.

¹¹ Miguel Unamuno, *León* (OC, I, 389-393).

¹² Salamanca, CMU, V-103.

M. Legendre, por su parte, minucioso en los detalles, nos dirá que hicieron el camino a pie, con dos mulas, después de haber puesto en las alforjas pan, chocolate, queso, chorizo y azúcar para el viaje. Cambiaron los zapatos por unas ligeras alpargatas y llevaron consigo un fusil, por si tuvieran que defenderse de algún animal salvaje. No se sometieron a unos horarios fijos de comidas. Quitaron la sed bebiendo en las fuentes o riachuelos que encontraron a lo largo del camino. Unamuno era abstemio.

El tío Ignacio, «hombre seco, moreno, enjuto de sienes y con ojos vivos y hundidos bajo la frente», hombre de corazón y de un coraje admirable, archivo viviente de todas las tradiciones de la región¹³, les va informando y llevando como guía experto. Los tres viajeros restantes van tomando sus respectivas notas; notas que a Unamuno le servirán para la redacción de los artículos aquí reunidos, y a M. Legendre para su tesis doctoral. Cuando en 1948 M. Legendre publica en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* sus recuerdos de «Unamuno, hombre de carne y hueso»¹⁴ volverá a darnos memoria de todo ello.

El itinerario que siguieron podemos reconstruirlo a través de los pasos del *Diario* de notas de Unamuno. Fue el siguiente:

Martes, 29 julio: llegada a Béjar de M. L. y J. C. (noche en Béjar).

Miércoles, 30 julio: Salida de Unamuno de Salamanca a Béjar, 4.15 horas invertidas en el viaje (noche en Béjar).

Jueves, 31 julio: Salida de Béjar a Aldeanueva del Camino y Abadía, 1 hora. De Granadilla al Casar de Palomero, 4 horas (llegada a las 7.50 horas (primera noche).

Viernes, 1 agosto: De Casar a Pinofranqueado (comida). De Pinofranqueado a Las Erías, 3.30 horas. (segunda noche).

Sábado, 2 agosto: De Las Erías, Horcajo a Gascó (comida). De Gascó a Fragosa, Martilandrán y Nuñomoral (tercera noche)

¹³ M. Legendre, o. c., p. XVIII.

¹⁴ 1 (1948), 29-55.

Domingo, 3 agosto: De Nuñomoral, La Segur, a Casares (comida y siesta). De Casares, Riomalo de Arriba al Ladrillar (descanso) y Cabezo (cuarta noche).

Lunes, 4 agosto: De Cabezo a Las Mestas, Las Batuecas y La Alberca (quinta noche).

Martes, 5 agosto: De La Alberca a la Peña de Francia (sexta noche).

Miércoles 6 a sábado 9 de agosto: En la Peña de Francia.

Domingo, 10 agosto: De la Peña de Francia, San Esteban, por tren, a Salamanca.

El *Diario* nos permite precisar lo que nueve años después, el 22 de junio de 1922, nos dice Unamuno: «Las recorrí durante seis días... cuatro noches dormí en Las Hurdes»¹⁵. Debo precisar: Unamuno durmió en mullida cama, pero sus compañeros de viaje, al raso. «Más yo las cuatro noches que dormí en Las Hurdes dormí en cuatro diferentes camas, y buenas, mullidas y limpias... Del Ladrillar fuimos a hacer noche al Cabazo. Noche en buena cama, por mi parte, pues mis compañeros durmieron al sereno, en el porche de la Iglesia, Yo, en una buena cama, en un cuarto amplio, decorado con cuadros...».

CONTACTOS CON HURDANOS

Al llegar a Casar de Palomero, al atardecer, el jueves 31 de julio, se encontraron ya con estudiantes que habían cursado en Salamanca, y a quienes la figura de Unamuno no les era desconocida, aunque éste no supiese quiénes eran. Allí se pusieron en contacto con Feliciano Abad, maestro de Casar e inspector escolar. Feliciano, que conocía bien Las Hurdes, que las había pateado y sobre las que había dado el año anterior un minucioso *Informe* del estado escolar, les proporcionó el pequeño croquis que aquí reproducimos¹⁶; croquis realizado en Pinofranque-

15 Cf. docs. XIV y XV.

16 Doc. II.

ado en la jorjada del viernes, 1 de agosto. «En Pinofranqueado, donde comimos, hizo el maestro de Casar un croquis topográfico de Las Hurdes y nos dio una carta para el secretario del pueblo, don Juan Pérez Martín, entusiasta e ilustrado hurdanófilo, que estaba ausente...»¹⁷.

Así, pues, Feliciano Abad acompañó a los cuatro viajeros de Casar a Pinofranqueado en la jornada del viernes, 1 de agosto. Al pequeño mapa que trazó para los cuatro excursionistas, antes de despedirse a continuar éstos el viaje, hay que añadir la carta que les dio de presentación para Juan Pérez Martín, secretario del Ayuntamiento de Pinofranqueado, de cuyo pueblo estaba ausente. En el camino de Pinofranqueado a Las Erías tropezaron con él. Juan Pérez Martín se unió a los viajeros y acompañó a éstos a Las Erías, donde pernoctarán la noche del viernes, 1 de agosto, al sábado 2.

El conocimiento que Unamuno tuvo de Juan Pérez Martín se remonta, pues, a la presentación que le hizo Feliciano Abad. La serie de cartas que aquí se publican permiten acercarnos un poco a su personalidad. Hombre liberal, conector como pocos, sino el que más de la problemática hurdana, era de la directiva de «La Esperanza de Las Hurdes», asociación cívica comprometida en la lucha por el desarrollo de la región. Su talante liberal le llevó al destierro durante la Dictadura de Primo de Rivera. La última de sus cartas nos habla precisamnte de ello¹⁸.

En Nuñomoral conocieron a don Patricio Segur, en cuya casa dormiría Unamuno la tercera noche hurdana (del sábado 2 al domingo 3 de agosto), «de cuya hospitalidad cordial y franca gozamos».

Hacia el mediodía del domingo, 3 de agosto, llegaron a Casares, donde tuvieron «un buen refrigerio, gracias a don Santiago Pascual», maestro de la escuela de La Huetre¹⁹.

Son todos los contactos directos que Unamuno tuvo con hurdanos en este viaje de 1913, nueve años antes que lo hiciera el rey Alfonso XIII. Los artículos que Unamuno publicara en *Los Lunes de El Imparcial*²⁰

17 Doc. VII.II.

18 Doc. XIII.7.

19 Cf. L. Robles, *Las Hurdes*, p. 80.

20 Doc. VII.I-IV.

contribuyeron, sin duda, a llamar la atención sobre la problemática de esta comarca, abandonada entonces de la mano de Dios.

PRIMERA LECTURA DE *EL CRISTO DE VELÁZQUEZ*

El *Diario del viaje a Las Hurdes* si, por un lado, nos sirve para conocer el papel que jugó Unamuno en el desarrollo de esta comarca, sobre cuya problemática llamó la atención, por otro, nos permite conocer una serie de datos acerca de la gestación y génesis de su obra poética, *El Cristo de Velázquez*, aspecto éste hasta hoy no precisado.

Aunque esta obra se publicara en 1920, el *Epistolario* de Unamuno, junto con este *Diario*, me permite decir que es una de las obras más elaboradas, más profundas y que más tiempo le ocupó en redactarla. Por espacio de siete años estuvo dándole vueltas en la cabeza, seleccionando imágenes, textos bíblicos, perfilando ideas y dando ritmo al verso; una obra más para ser leída en alta voz, por el propio autor, que no por extraños.

El inicio de su redacción se remonta precisamente a esta año de 1913, y tiene mucho que ver con los compañeros de viaje a través de Las Hurdes. La primera noticia que de ella tenemos nos la da el propio Unamuno en una de las cartas que escribe a Jacques Chevalier, el 14 de junio de 1913, donde le dice: «Y me ocupo de un largo poema místico *Ante el Cristo de Velázquez*»²¹.

Unamuno, terminados los exámenes de final de curso, está corrigiendo las pruebas del *Sentimiento trágico*. Ha ido a León entre el 26 y el 30 de junio. El 28 de julio, antes de salir para Las Hurdes, escribe a su amigo portugués, Teixeira de Pascoães: «A mí me ha dado ahora por formular la fe de mi pueblo, su cristología realista y... lo estoy haciendo en verso. Es un poema que se titulará *Ante el Cristo de Velázquez* y del

²¹ Manuel García Blanco, 'Unamuno y el profesor francés Jacques Chevalier', en *Revista de la Universidad de Madrid*, nn. 49-45 (1964), 7-76.

que llevo escritos más de 700 endecasílabos. Quiero hacer una cosa cristiana, bíblica y... española. Veremos»²².

Apenas ha iniciado su composición. Encontramos este primer borrador en el ms. de la Casa-Museo de Unamuno²³. En el fol. 1 (27r) leemos: *Ante el Cristo de Velázquez*. Es el principio del poema. Cuando sale camino de Las Hurdes va por el fol. 68 (60 v). Tiene compuesto hasta (cz).

Dicho texto se lo llevó consigo en el viaje a Las Hurdes. Por las cartas, tanto de J. Chevalier como de Maurice Legendre a Unamuno, sabemos que éste les leyó en la Peña de Francia lo que llevaba escrito. El 12 de octubre de este año (1913) Jacques Chevalier, ya en Francia, desde Lyon le preguntará si ha terminado «votre poignant poème, le *Christ de Velázquez*». El propio Unamuno, en carta a J. Chevalier, del 24 de diciembre, le dirá: «Al fin puedo ponerle cuatro letras, mi querido amigo. Recibí anteayer las fotografías de nuestra excursión. Hay algunas para mí muy interesantes, sobre todo la vista del pueblecito de La Segur, que parece una tortuga. Lo panorámico rara vez resulta en fotografía, en cambio. Parece que ella se ha hecho para escenas más recogidas... Estos días de vacaciones me ocupo en redondear mi *Cristo de Velázquez*. Algo creció desde que ustedes fueron y algo ha mejorado. Resulta que a mí me parece mi obra mejor, más serena y más concentrada, y a los que la conocen aquí les parece lo más católico que he hecho. No tiene la inquietud y el tormento de mi *Sentimiento trágico*. Y es que he encontrado al hacerla mucho del alma de mi niñez, madurada por meditaciones. Y habla en ella, creo, lo mejor del alma de mi pueblo»²⁴. Y J. Chevalier, en contestación, el 29 del mismo mes, le volverá a decir que espera con viva impaciencia el *Cristo de Velázquez*. Lo mismo hará M.

²² Agradezco a quien me proporcione datos sobre cartas de Unamuno, y gustoso intercambiaré con él datos que precise.

²³ Salamanca, CMU, Caja 9/50 (olim.: 12/93; 46, etc). Se trata de una libretita de 72 h. + 91-107 sueltas, cuya descripción fue hecha por V. García de la Concha, pp. 77-78. Las múltiples manos que han intervenido en catalogar y descatalogar el texto han ido añadiendo números y paginaciones distintas en el autógrafo unamuniano, que sólo sirven de confusión.

²⁴ Laureano Robles, *Miguel de Unamuno, Epistolario inédito*. Edición de Madrid, Espasa Calpe, 1991, 2 vols., donde edité parte de las cartas de Unamuno a Jacques Chevalier.

Legendre el 21 de enero de 1914: espero con impaciencia el *Cristo de Velázquez*, del que quisiera dar noticia en *Les Cahiers*.

Así pues, en la paz y en la serenidad de La Peña de Francia, Unamuno leyó por primera vez, para sus compañeros de viaje, el poema que había comenzado a escribir. El 11 de febrero de 1914, cuando ya Unamuno ha leído públicamente en Madrid el texto, J. Chevalier le escribirá desde Lyon diciéndole que tiene noticias del éxito de su lectura; añadiendo a continuación: «habrá dado, sin duda, una voz a los sentimientos impersonales más profundos, a los *vuestros* y a *sus* ideas».

Pero hay más. Allí, en la Peña de Francia, entre los días 6 y 9 de agosto, Miguel de Unamuno compuso el largo fragmento que aquí publicamos²⁵, según podemos leer en el autógrafo borrador del mismo: «En la Peña de Francia». Aunque es cierto que esta primera redacción está aún lejos de lo que será luego el texto definitivo, no es menos cierto también que en ella está concebido, como puede verse si comparamos el fragmento con la edición crítica que nos ha dado el hoy académico, Víctor García de la Concha.

Éstos serían los resultados:

FRAGMENTOS	ED. V. GARCÍA DE LA CONCHA ²⁶
fa.	IV P. I, p. 251
fb.	"
fc.	I P. XXXVII, p. 159
fd.	I P. XXXIII, p. 137
fe.	I P. XXIV, p. 138
ff.	I P. XXII, p. 136
fg.	I P. XXIV, p. 138
fi.	I P. IX, p. 285
fj.	I P. XXIV, p. 138
fk.	IV P I, p. 251
fl.	III P. XVII, p. 232

²⁵ Doc. X.

Con ello queda precisado, pienso, un aspecto hasta hoy intuido, pero no aclarado. En la Peña de Francia, entre los días 6 y 9 de agosto de 1913, Unamuno no sólo dio a conocer su *Cristo de Velázquez*, estuvo metido de lleno en la lectura del Evangelio de San Juan (texto que lee en griego y que personalmente va traduciendo pasajes y seleccionando para darles cuerpo), y lo que es más: allí también, en el silencio y soledad de la cumbre, compuso el largo fragmento que aquí se edita²⁶.

Este viaje através de Las Hurdes tiene, por tanto, un doble valor: la llamada de atención sociológica sobre la comarca y la génesis o gestación de una de las obras capitales de uno de nuestros mejores escritores contemporáneos: Miguel de Unamuno.

LAUREANO ROBLES

Universidad de Salamanca

²⁶ Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velázquez*. Edición crítica de Víctor García de la Concha. Madrid, Espasa Calpe, 1987, 387 pp.

I

<Diario del viaje a las Hurdes>

Salida para Bejar (Hurdes) 30 VII <1913> 4.15 horas con 300 pes <etas>.

De Aldeanueva <del Camino> a la Abadía 1 hora. Granadilla 2.50 (3.50) al Casar <de Palomero> 4 (7.50).

Puerto del Gamu, sobre Moedas, castaños y olivos juntos.

Torbisco amargo. Jara, pebetero del desierto, madroño, romero, lentisco, retama.

Del Casar <de Palomero> al Pino Franqueado, junto al río Angeles, entre piedras, limpidísimo. Soledad. Cerrado. «a las Herías, al Gasco. Fragosa, Martilandrán, Nuñomoral... —La Segur y Casares— Río Malo de Arriba»¹.

Del Pino a las Erías 3 1/2 horas.

En el Casar <de Palomero> no dejan dormir los perros.

Las Erías; buena noche. Casi civilizado. Serano de vecinos, todos en derredor, las cabras que vuelven. Afán de ser propietarios. En invierno sol de 9 a 2 de la tarde, cinco horas. Salida de las cabras.

Las Erías de lejos, nido de alondras, pizarras, mimetismo contra el Supremo Cazador. Llegada a un alto, distintos planos. La Madrasta.

Bocio: El pueblecito sobre Las Erías bocio, idioas, aguas puras, ideas puras, matemáticas.

Horcajo. Como en las Erías etc. flores en los balcones. Lavando a los niños. Cariñitos, ¡prenda!

El secretario del Pinofranqueado, Juan Pérez Matín².

Canta el agua. Un trago en una quebrada con renacuajos. Fragosa.

En el lecho rocas dulcificadas por el río. Baño. Comida.

El doctor de Fragosa. No hay agua como aquí. De Nuñomoral a La Segur. Por aquí debía venir el Rey a comer lo que comemos. Zahurdas.

* Salamanca, CMU., 1.2/330, lh., 130 x 185 mm.

1 A lápiz.

2 Se guardan 4 cartas y dos tarjetas (Salamanca, CMU, P 2, 30), que publicamos en apéndice XIII, 1-7.

Patricio Segur, de Nuñomoral, Santiago Pascual, de Casares³.

La que escapa como una cabrita, a avisar.

Trozos quemados para que retoñe. Matar lo de más de 50.

El de Ladrillar que ha estado en Brasil, el Canal, Martinica y Jamaica y ha visto terrenos peores, pero... incultos y sin gente. «Sin gente, sí, pero porque no los cultivan». Cultivar lo malo! y heroicamete.

Noche en el Cabezo. Cuadro de la Virgen, San Antonio, portada en colores de una Hist. de la guerra civil, el marqués de la Habana, portada de *El barquero de Cantillana* por D. Rafael Banítez Caballero⁴, editor Felipe González Rojas, representa un bandido a caballo; Amadeo yendo a ver el cadaver de Prim. Si queremos comprar un loro.

Entre el Cabezo y Mestas en el camino restos humanos con pedazos de periódicos. Defensa de la porquería. Voluptuosidad del pringue.

Cipreses de las Mestas. Calle con emparrado. El río entre rocas formando bañeras. Los montes encima.

Se queja mujer Mestas que el jabalí le estropeó patatas.

«Hay aquí sus cosas», «Qué brutos animales!»

Mongra. Jugo dulce que en el tiempo de calor destila la bellota al deshacerse y el brezo viejo.

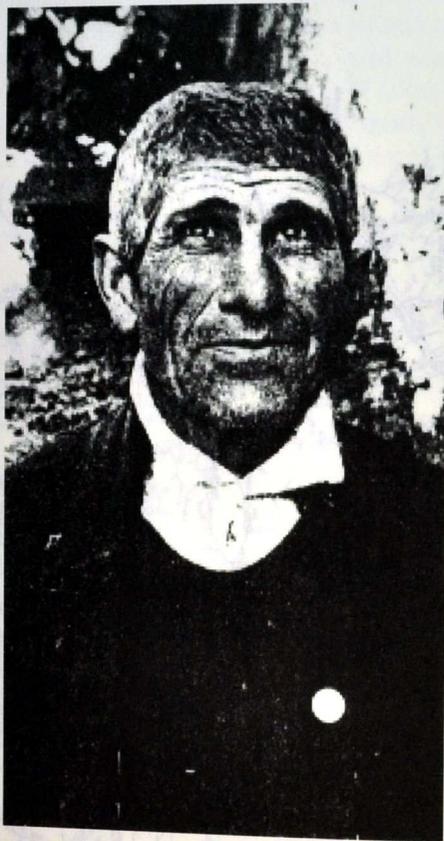
Batuecas. 20 años después. Retiro.

Bañarse en un regato, secarse al sol, comer *frugalmente* al sol y echarse a la sombra de un castaño a sestar.

Un árbol muerto entre los vivos.

3 Era maestro de la escuela de La Huetre, del Municipio de Casares (cf. L. Robles, *Las Hurdes*, p. 80).

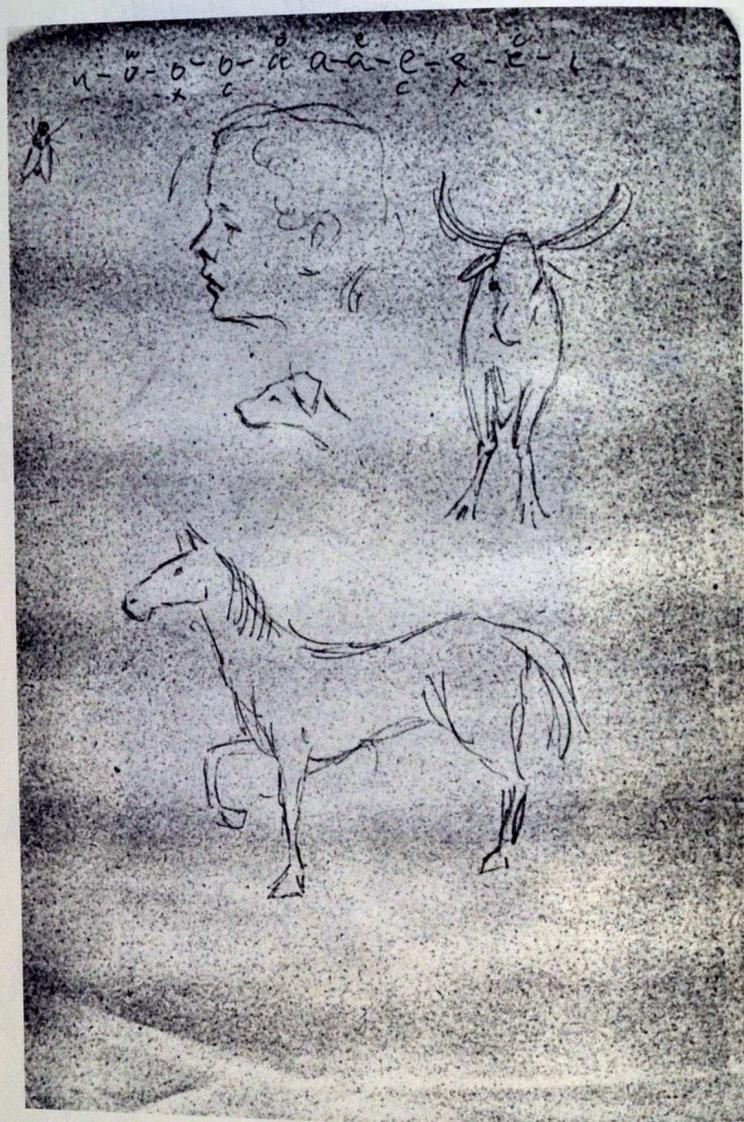
4 Rafael Benítez Caballero, cf. VII-IV, n. 2.



El tío Ignacio (Ignacio Hoyos Pérez),
de La Alberca. Fotografía hecha por Maurice
Legendre (o. c., planche XV, fig. 49).



Unamuno: «Logré muy halagüeño éxito poniéndome a dibujar.
"¡Y lo hice sin máquina, como escribiendo!". Un chicuelo hizo
gala de su conocimiento en lectura. Y un mozo, ya hombre,
fuerte, limpio, garboso, de nombre Bernardo, nos mostró lo
claro y vivo de su inteligencia...» (III). VII.



* Salamanca, CUM, 1.2/1738, formó también parte, como las hojas anteriores, del mismo block.

Las Hurdes. (Notas de un excursionista)¹

I

Las Hurdes o Jurdes tienen de antaño el prestigio de una leyenda, y cuantos van a ellas van, dense o no clara cuenta de ello, a corroborar y aun exagerar la tal leyenda o a rectificarla. Y no creo haber estado libre de este sentimiento.

Hace ya años, lo menos dieciocho, que me llegué desde la Alberca hasta el famosísimo valle de las Batuecas, y desde entonces quedé deseoso de visitar las Hurdes; mas aunque después he andado por la sierra de Francia, nunca, hasta este verano, se me cumplió el deseo.

El lector que desee noticia detallada de la región de las Hurdes, de sus tierras y sus gentes, búsquela en otra parte. Desde M. Vide² se han escrito diferentes relaciones. La última de que tengo noticia, la del viaje del señor Blanco Belmonte³, es excelente. Lo que va a seguir son notas de un curioso excursionista, que toma lo que ve y observa al azar de sus correrías como punto de partida para sus reflexiones, tal vez algo arbitrarias.

Nos pusimos a entrar en las Hurdes mis dos compañeros de excursión y yo por el Casar de Palomero, desde Extremadura. Mis dos compañeros eran M. Jacques Chevalier⁴, profesor del Liceo de Lyon, y M. Maurice Legendre⁵,

1 En *Los Lunes de El Imparcial* (Madrid), 25-VIII-1913, p. 1 (OC, I, 405-408). Los cinco artículos pasaron luego a formar parte de *Andanzas y visiones españolas*. Madrid, Renacimiento, 1922, 287 pp.: *Las Hurdes*, pp. 107-124; en *La Peña de Francia*, pp. 101-106.

2 Dr. J. B. Vide, 'Las Batuecas y Las Jurdes', en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, 1982. Unamuno cita de memoria.

3 Blanco-Belmonte, 'Por la España desconocida', en *Ilustración Española y Americana* (Madrid, 1911), pp. 108-109.

4 Jacques Chevalier. Se guardan, 23 cartas y 46 tarjetas suyas a Unamuno en la CMU (Ch. 30-35); cf. Manuel García Blanco, 'Unamuno y el profesor francés Jacques Chevalier', en *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. 13, nn. 49-50 (1964), 7-76, en donde publica gran número de ellas. * Yo mismo he publicado las cartas de Unamuno a J. Chevalier; cf. *Miguel de Unamuno. Epistolario inédito*. Edición Laureano Robles. Madrid, Espasa Calpe, 1991, 2 vols.

5 De Maurice Legendre se guardan también 53 cartas y 24 tarjetas en la CMU (L. 2, 54-60); cf. Jean-Marc Delanunay, 'Souvenir de Miguel de Unamuno 1936-1986. Inédits

este puro fracés tan amante y tan buen conocedor de nuestra España. Legendre conocía ya las Hurdes. En el número de julio de este año de *La España Moderna* puede verse la traducción de un trabajo suyo, «El Corazón de España»⁶, publicado antes en *Le correspondant*⁷. Es algo que debe leerse en España y hacer votos porque todos nuestros amigos franceses sean como Legendre. Nos acompañaba el tío Ignacio, de la Alberca, de quien Legendre da noticia en su escrito. Ibamos, pues, dos españoles y dos franceses

Partimos de Aldeanueva del Camino a pie, y por Abadía y Granadilla nos dirigimos al Casar de Palomero. Tierras extremeñas, las que cantó como una alondra Grabiél y Galán; tierras solemnes. Hay algo de religioso en la majestad de ciertos alcornocos —*bonni soit qui mal y pense*—, y nunca he podido verlos desollados, como San Sebastianes vegetales, sin profunda emoción. Como hay otra cosa en el bosque que me sobrecoje siempre, y es el cadáver, el esqueleto de un árbol.

La vista de Granadilla a la distancia, con su recinto de murallas y su torreón de entrada, nos quita algunos siglos de encima. ¡Y pesan tanto! Pero más pesa aún la paz plúmbea, bajo un cielo de implacable limpidez, de que se ve uno ceñido dentro de la villa. Y por dondequiera el recuerdo de Galán, del poeta. Y esos hombres de siempre, fuera de época, que parecen arrancados de una novela picaresca, y con que uno se encuentra en las posadas de los pueblos donde no hay ferrocarril; esos hombres como el sastre aquel ambulante y aficionado al zumo de la vid.

Después de Granadilla, unas soledades henchidas de luz del cielo. La jara, como pebetero del desierto, las perfuma. Por allí, el torbisco, amargo como la vida de quien tiene que trabajar esa tierra; madroños, romero, lentisco y aquella retama, *contenta dei deserti*, que cantó Leopardi.

Al empezar a ver sobre Moedas, en el puerto del Gamo, castaños y olivos mezclados en no sé si amigable compañía, recordé haber visto en no sé qué

epistolaires et iconographiques relatifs à ses liens avec Maurice Legendre et La Casa de Velázquez', en *Melanges de la Casa de Velázquez* 22 (Madrid 1986), 401-418.

⁶ Maurice Legendre, 'El corazón de España', en *La España Moderna* (Madrid), año 25, n.º 295, julio 1913, pp. 139-166, donde nos da una semblanza del tío Ignacio (pp. 146-155) y de La Peña de Francia (pp. 155-166), que ya conocía con anterioridad a este viaje de 1913. Pienso que el texto está traducido al castellano por el propio Unamuno, o corregido en tal caso.

⁷ *Correspondance* (París), era un breve folletito, o revista dirigida por el propio Maurice Legendre y Jacques Chevalier.

Atlas geográfico separadas por una línea la región del olivo y la del castaño. Debíamos estar en la línea misma. Y de hecho casi siempre se vive en líneas así, divisorias.

¡Y qué largo se me hizo el camino al Casar! En una gran ermita empezó a anochecernos, y aquello no acababa. Silenciosos, sin decirnos nada, uno tras otro, sobre el pedregal del sendero montañoso. Y al llegar al Casar, de noche ya, qué tragos de agua, de agua de Sierra, del cántaro de una buena samaritana —es un decir— de la fuente que hay a la entrada del pueblo. Mientras bebía, al levantar con la cabeza los ojos, encontraron éstos en una estancia de la casa frontera, iluminada a luz eléctrica, dos novios sentados a una camilla. Me informé luego de ellos. Es una vieja debilidad.

El Casar de Palomero puede llamarse la corte de las Hurdes, y sus dos capitales, Pinofranqueado y Nuñomoral. Es decir, las Hurdes tienen dos especies de cortes: el Casar del lado de Cáceres y la Alberca del lado de Salamanca.

Buen pueblo el Casar, atractivo para quien ama la paz del retiro y el retiro de la paz. Pueblo con dos médicos, y esto no es ninguna bendición cuando basta y acaso sobra uno, y esa dualidad es fuente de disensiones y partidos, y pueblo con dos fábricas de luz eléctrica, lo que les permite alumbrarse casi de balde. Y no deja de estar relacionado lo de los médicos con lo de la luz.

Excelente remanso de sosiego este Casar de Palomero, con su fisonomía serrana, sus grandes balcones de madera para tomar el fresco. Cuando entramos, anochecido ya, parejas de enamorados, bien arrimaditos, en los bancos de las casas. ¡Estos amoríos lentos de los pueblos recojidos y aislados!

Topé con conocidos, con estudiantes, y pronto tuvimos en torno nuestro en la posada a los notables del pueblo. Y gusta charlar así. Nos informaban de las Hurdes y de los hurdanos, y pude observar que la leyenda empezaba ya allí. Y además, que suele suceder que aquellos que viven junto a una región famosa y de que se habla mucho suelen ser con frecuencia los que menos han sentido el acicate de ir a conocerla por sí. El maestro del Casar, don Feliciano Abad, sí que conoce las Hurdes. Un pequeño croquis que de ellas nos hizo nos fue utilísimo.

Retiro de paz y remanso de sosiego he llamado al Casar, y así es. Pero sería más si los perros le dejaran a uno dormir de noche. Toda la noche fue una lamentable sinfonía —es un decir también— de ladridos. A ratos estuve por asomarme al balcón a gritar: "¡Que maten a ese perro!" Pero no era uno sólo, no. Parecía alejarse, perderse en el otro extremo del pueblo; pero volvía al punto.

Sólo al romper la mañana, cuando los gallos cantan, callaron los perros. Había ya otros voceadores que nos desvelaran.

Y a la mañana, después de haber visitado la iglesia y aquella cruz que los judíos apedrearon antaño, emprendimos, montaña abajo, junto al río Ángeles, que corre entre piedras limpiísimo, el camino de Pinofranqueado, de las Hurdes. El maestro nos escoltaba.

Estábamos ya en las Hurdes, lejos del mundo bullanguero, siguiendo lo que dice el agua que canta al pie de las montañas peladas, vestidas no más que de brezo, helecho y matorrales bajos; montañas de perfiles suaves, redondeadas, que bajan, al parecer, mansamente a bañar sus pies en el agua; pero montañas recias y ásperas, madrigueras de bestias más que cunas de hombres. Pero ¡qué sensación de recojimiento! ¡Y el bañarse allí, en la claridad del agua que canta entre canchales y secarse al sol, desnudo como el cuerpo que se le entrega!

¡Adiós el mundo de los periódicos y de la política! Por unos días no habríamos de saber nada de él.

Los tesos, collados y montañas se entrelazaban unos con otros. En su disposición general forman las Hurdes tres hondos valles casi paralelos: el del río Esperabán, el del Fragosa y el del río Hurdano, sin contar el del río Ángeles; pero, dentro de esta traza, ¡qué intrincamiento de repliegues! Difícilmente se encontrará otra comarca más a propósito para estudiar geografía viva, dinámica, la acción erosiva de las aguas, la formación de los arribes, hoces y encañadas. Y una maravilla de espectáculo a la vista, ya desde los altos se dominan las hondonadas y el vasto oleaje petrificado de las líneas de cumbres, ya desde los barrancos se cree uno encerrado lejos del mundo de los vivos que leen y escriben.

Y así llegamos a Pinofranqueado, la capital de las Hurdes Bajas. Un buen pueblo, sin nada de la ridícula leyenda del salvajismo hurdano. ¡Y con impaciencia de entrar de una vez en las verdaderas Hurdes, es decir, en aquellas de que se nos ha dicho tantas veces que los hombres casi ladran, que se visten de pieles y huyen de los..., civilizados! Había que entrar de una vez en esa región que alguien ha dicho es la vergüenza de España, y que Legendre dice, y no sin buena parte de razón, que es, en un cierto sentido, el honor de España. Porque, ¡hay que ver lo heroicamente que han trabajado aquellos pobres hurdanos para arrancar un misérrimo sustento a una tierra ingrata! “Ni los holandeses contra el mar”, me decía, y no le faltaba razón.

Pero de esto más adelante.

En Pinofranqueado, donde comimos, nos hizo el maestro del Casar un croquis topográfico de las Hurdes y nos dio una carta para el secretario del pueblo, don Juan Pérez Martín, entusiasta e ilustrado hurdanófilo, que estaba ausente, y a quien encontramos en el camino a Las Erias, donde íbamos a dormir. No habíamos tenido que tocar las provisiones con que en Béjar nos proveyó Venancio, ni hemos tenido apenas que tocarlas en nuestros cinco días hurdanos. “Miren ustedes que allí no hay nada, ¡ni pan!, y el buen fondista bejarano quería cargarnos de vituallas”. “Pero algo comerá allí la gente...”, decía yo. “Sí; patatas asadas entre dos piedras.” Y, en efecto, la gente, aunque sea mal —no tan mal como dice la leyenda—, come, y quien allá va puede comer también. ¡Ahora, esos señoritos remilgosos!...

Al rato de salir de Pinofranqueado, en plenas verdaderas Hurdes ya, encontramos a su secretario, don Juan Pérez. Se puso a nuestra devoción y se volvió con nosotros. Hombre despierto y vivo y uno de los mejores informantes de cuanto a las Hurdes respecta. El nos hizo saber todo lo que esa región debe al que fue obispo de Plasencia, el salmantino don Francisco Jarrín Moro⁹, cuya labor en las Hurdes fue realmente benemérita.

Seguíamos entre esguinces y rodeos, buscándoles las vueltas a los tesos, el río Esperabán. Atravesamos dos pequeñas alquerías hurdanas, la Muela y el Robledo, sin detenernos en ellas. Pasé junto a una casa de piedras apiladas, tejados de pizarra, sin más hueco que la puerta de entrada. Empezaba la visión de la miseria.

Ya muy al atardecer llegamos a Las Erias, donde habíamos de pasar nuestra primera noche verdaderamente hurdana. Nos sentamos a tomar el fresco y contemplar el cielo limpiísimo, en una de aquellas callejuelas escabrosas, junto a corralillos enanos. Unos grillos caseros, blancos, según me dijeron, que se

8 En *idem*, 1-IX-1913, p. 1 (o. c., I, 408-410).

9 Francisco Jarrín y Moro nació en Salamanca en 1843 y murió en ella en 1913. Fueron sus padres Jarrín Ávila y Juana Moro, vivían en la calle San Julián, 12. Hizo el Bachiller en artes en el Instituto de Salamanca (25-VII-1859), con sobresaliente; el Bachiller en filosofía por su Universidad (13-VI-1865) y la licenciatura en Filosofía y Letras (22-IX-1876), con sobresaliente también; posteriormente se doctoró en la Central. Fue catedrático de Filosofía en el Instituto Jovellanos, de Gijón (1875) y de Psicología en el de Ávila (1881-5); pasó a ser canónigo de Salamanca y obispo de Plasencia (1907). Se guarda su expediente en Salamanca, AUSA., A-162, 33 fols.

albergan en las rendijas de los muros de aquellas casucas miserables, cantaban la desolación de la barranca en que penan los hombres. Casi todo el pueblo nos rodeó: niños, mozos y viejos, y en torno a nosotros, a los forasteros, se hizo serano. ¡Pobres gentes! Hay que oírles quejarse de la triste y dura tierra que les ha caído en suerte. ¡Pero no la abandonan, no! Más bien se apegan a ella, con tanto más trágica querencia cuanto más dura es. Suele quererse más, no al hijo más hermoso y afortunado, sino al más desvalido y desgraciado, al que costó más criarlo y sacarlo adelante. Un escritor prefiere de entre sus escritos el que más trabajo le costó, no el que obtuvo mejor éxito.

Sí, es hondamente humano el que estos pobres hurdanos se aquerencien y apeguen a aquella tierra que es, más que su madre, su hija. Legendre me decía que eran el honor de España. Y no es paradoja. Han hecho por sí, sin ayuda, aislados, abandonados de la Humanidad y de la Naturaleza, cuanto se puede hacer. Entre aquellas quebradas fragosísimas, en los abruptos barrancos, bancales levantados trabajosísimamente; un muro de contención para sostener un solo olivo, una sola pobre cepa de vid; canalillos en que se trae el agua de lejos y que hay que rehacer a cada momento; huertecillos enanos, minúsculos, cercados que parecen de juguete infantil. Y luego baja el jabalí y les estropea el patatal, su casi único remedio contra el hambre. Casi llorando me lo decía una pobre mujeruca de Las Mestas.

Y todo ese rudo combate contra una naturaleza madrastra —allí sí que encaja el “madre en el parto; en el querer, madrastra”, de Leopardi— lo hacen sólo, sin ayuda de bestias de carga, llevando a cuestras las piedras de la cerca o del banal, trasportando a propio lomo por senderos de cabras o entre pedregales sus cargas de leña o el haz de helecho para la cama. Rico, riquísimo, el que posee un borrico entero en uno de los pueblos pobres. Contáronnos que había veces en que al casar un padre a su hija —las bodas las hacen los padres y cuando apenas son adolescentes los mozos— la daba de dote la pata de un asno; es decir, una cuarta participación en la propiedad del asno, o sea, el poder disponer de él cuatro días, alimentándolo entonces. Y el novio iba la víspera de la boda al monte a recoger helecho para la cama nupcial, la del *rejollijo*.

Mas yo las cuatro noches que dormí en las Hurdes dormí en cuatro diferentes camas y buenas, mullidas y limpias.

En limpia y buena cama dormí en Las Erías, en casa del maestro de la alquería, de uno de esos maestros habilitados que la Diputación de Cáceres ha puesto por las Hurdes, de uno de esos heroicos ciudadanos que por un pobre estipendio van a luchar en una lucha no menos trágica y menos recia que la de los pobres hurdanos con su madrastra tierra.

Cuando descansábamos en las escarpadas callejuelas de Las Erías, al ir cayendo, como un celeste consuelo, una noche de serena majestad sobre la ceñuda desolación de la madrastra, empezaron a volver al pueblo las cabras, las cabritas enanas de las Hurdes. ¡Pobres animalitos!

La pobre gente hablaba de su vida mansa, humilde, resignadamente. Me entró la duda de si las quejas eran quejas rituales, eco de lo que han oído a los que se constituyen en sus abogados, o una forma más de nuestra característica quejumbrosidad española, de esta detestable manía de pordioseros; de estar siempre lamentándonos de nuestra suerte y la de nuestra patria. Me entró la duda de si todo ello no era sino la voluptuosidad de la queja. Porque es el caso que ellos apenas emigran, y si salen, vuelven pronto a encerrarse allí. ¿Y el secreto de esto? Ya os diré lo que de ello creo.

Partimos al amanecer de Las Erías trepando a unos altos para llegar a Horcajo. ¡Estupendo panorama! Me acordé de la frase de Obermann, de que jamás se podrá expresar el sentimiento de la montaña en una lengua hecha por los hombres de las llanuras. Allá, en lo hondo de la encañada, se apeguñaban los tejados de pizarra de las casucas de Las Erías, bien apretados unos a otros, como un testudo romano. Y todo ello, la alquería, como una roca en pedazos. Diríase un fenómeno de mimetismo; que los pobres hombres querían confundir sus pobrísimas viviendas con las rocas de la madrastra, para escapar así al ojo del Supremo Cazador.

En Las Erías, en invierno, el sol no dura más de cinco horas, de nueve a dos. Pero allá arriba, en otra mucho más miserable alquería, colgada en las abruptas cuestras de un sombrío repliegue de la montaña, allí apenas sí hay sol. Sus misérrimos moradores son, en su mayoría, enanos, cretinos y con bocio. Nuestros informantes atribuíanlo a la falta de luz del sol. Otros lo han atribuido, al buen tuntún, a lo corrompido de las aguas. Y parece ser que es todo lo contrario; que ello se debe a la pureza casi pluscuamperfecta de las aguas, a que las beben purísimas, casi destiladas, recién salidas de la nevera, sin sales, sin iodo sobre todo, que es el elemento que, por el tiroides, regula el crecimiento del cuerpo y la depuración del cerebro. Y esta explicación, que parece satisfactoria, me despierta una analogía. Y es que también los que no beben sino ideas puras, destiladas, matemáticas, sin sales ni iodo de la tierra impura, acaban por padecer bocio y cretinismo espirituales. El alma que vive de categorías se queda enana.

¡Pobres hurdanos! Pero..., ¿salvajes? Todo menos salvajes. No, no, no es una paradoja lo de mi amigo Legendre, el inteligente amator de España; son, sí, uno de los honores de nuestra patria.

Cuando entramos en Horcajo hirió lo primero mi vista, como ya en Las Eñas me pasó, las macetas de flores en ciertos salientes de las casucas. Bien se conocía que estábamos en Extremadura, donde se rinde a las flores mucho mayor culto que en Castilla. Y vi en Horcajo, al entrar de improviso en él, las hurdanas lavando a sus chiquillos. Y arrullándolos con maternales caricias.

Una de las cosas que más han llamado mi atención en las Hurdes es la gran cantidad de niños preciosos, sonrosados, de ojillos vivarachos, que he visto. Luego se estropean en aquella terrible lucha por el miserable sustento. Y es curioso también ver las grandes diferencias de unos a otros. Parece que el tipo medio como si se borrara. Junto a hombres entecos, esmirriados, raquí-ticos, se ven recios mocetones quemados del sol, ágiles y fuertes, y junto a pobres mujerucas, prematuramente decrepitas, encuéntranse muy garridas y guapas mozas.

Desde Horcajo, para pasar al Gasco, al valle —o, mejor que valle, barranca—, en cuyo fondo corre el río de Fragosa, una imponente cuesta. Desde lo alto, abierto el pecho, respirando a todo pulmón el aire de las cumbres, se veía allá abajo el que dicen el volcán de las Hurdes. No voy a hablaros de él ni de las cascadas. Otros han dicho muy bien de esto.

Esta barranca del río Fragosa, este valle central de las Hurdes, es lo más miserable de éstas. Difícilmente se encontrará peores poblados que El Gasco, Fragosa, Martilandrán. Al atravesar El Gasco por aquellas infernales callejuelas, entre aquellos hombres ceñudos y negros, me asomé a la puerta de un casuco. La carita, fresca como una rosa y brillante como un lucero, de una niña, hacía resaltar la hórrida y sucia negrura de aquella zahurda.

Y siempre las quejas. “Por aquí debía venir el rey a comer lo que comemos”, decía una mujer que, si no era vieja, lo parecía. Y decíalo en muy claro y muy neto castellano. Porque eso de que ladren o poco menos, es otra patraña. Hablan castellano, y lo hablan muy bien. Y no huyen de los visitantes. Al contrario, acércanse a ellos a pedirles cigarrillos y por si cae alguna perrilla que les remedie.

Por fragosísimo sendero, desde El Gasco a Fragosa. Y aquí a bajar al río, a darnos un baño en su lecho de rocas redondeadas y dulcificadas por el agua.

10 En *idem*, 6-IX-1913, p. 1 (o. c., I, 410-413).

Un agua clara, tibia, rumorosa, soleada. “¡No hay agua como la de aquí!” —decían con orgullo—. Y esto lo oímos en las Hurdes por dondequiera. La tierra es mísera, dura, pedregosa; pero ¿aguas? ¡No las hay mejores en el mundo! Esto mismo dirán, me figuro, aquellos pobres enanos, cretinos y con papera de la alquería colgada de la cumbre. Como los otros, los de los conceptos destilados y sin sal alguna dicen: “¡No hay ideas como las nuestras, como las ideas puras!”.

Junto al lugar del baño, a la sombra de unos castaños y al son del canto del agua, nos pusimos a comer. Bajó una buena parte del pueblo, mozos y mozas sobre todo, y nos rodearon en tertulia. Logré un muy halagüeño éxito poniéndome a dibujar. “¡Y lo hace sin máquina, como escribiendo!” Un chucuelo hizo gala de su conocimiento en lectura. Y un mozo, ya hombre, fuerte, limpio, garboso, de nombre Bernardo, nos mostró lo claro y vivo de su inteligencia. El pobre hurdano ansiaba conocer las lenguas de los distintos reinos —nos oyó hablar francés—, correr tierras, ver mundo, salir de las fragosidades de Fragosa. Sabía que para ir a Roma por tierra hay que pasar por Francia. Más que seguro que si sale volverá a su pobre Fragosa, a la miserable alquería tan heroicamente arrancada a los furros de la madastra, allá, entre sus pobres olivos, su huertecillo de patatas, sus cabritas enanas. ¿Por qué?

De Fragosa, pasando junto a la alquería de Martilandrán, pero sin entrar en ella, a Nuñomoral. ¿Para qué habíamos de entrar en una más de esas miserables mazorcas de tugurios? ¿A qué conduce apurar el espectáculo de la miseria? Además, no íbamos a hacer estadística, ni menos sociología. Y Dios les libre a las Hurdes de que caiga en ellas un sociólogo.

Nuñomoral, en una vega algo más extensa que lo son en los barrancos de las Hurdes, es ya otra cosa que esas miserables alquerías que acabábamos de atravesar. Hay, sí, en Nuñomoral viviendas deplorables; pero junto a ellas se alzan algunas excelentes casas modernas. La de D. Patricio Segur, de cuya hospitalidad cordial y franca gozamos, es una muy buena casa hasta para fuera de las Hurdes.

Y es así como va transformándose aquella región partiendo el cambio de ciertos centros, tales como Pínofranqueado y Nuñomoral, y aun las Mestas, especie de capitales. Siempre la civilización ha sido de irradiación urbana. Y se consigue, sin duda, más, mejorando esas capitales y que de ellas irradie la mejora, que pretendiendo levantar homogéneamente el nivel civil del campo. Mas veo que caigo en sociólogo, y esto es peor que verse obligado a no beber sino agua purísima de las cumbres, agua destilada del cielo.

De Nuñomoral, en un principio por el nuevo camino vecinal que se está haciendo, a Casares, pasando por La Segur. Esta alquería de La Segur es tan

mala como cualquiera de las del valle de Fragosa. Me asomé a la vivienda de uno de los que me dijeron era uno de los ricos del pueblo, y aquella visión cortaba el respiro.

Por todas aquellas abruptas faldas había grandes manchones de quemado, para que el brazo retoñe más lozano. Pero queman también los pinares, los persiguen. Es decir, cuando son del común, cuando el Concejo los hubo plantado, no cuando son de particulares. Hay lo de que los cabreros son los enemigos más acérrimos del arbolado, pero hay también la guerra a la propiedad comunal. El hurdano es radical y fundamentalmente individualista. Como que por eso braga y pena allí y apenas emigra, y si emigra vuelve.

En Casares, un buen refrigerio, gracias a D. Santiago Pascual, y un buen reposo, una siesta restauradora. Y desde allí trasponer un alto para dar vista al otro valle, o mejor barranca, al de las Hurdes Altas. Y una vez más volví a gozar la emoción, tan familiar a mis mocedades, de estas ascensiones lentas, en rodeos y vueltas, abriendo más cada vez el pecho, ganando más horizonte cada vez, viendo achicarse lo que abajo queda y mirando de rato en rato a la nítida línea en que la cumbre corta al cielo e imaginándose uno cómo será el otro mundo —porque es un mundo también— que del otro lado se extiende. El macho se detiene a las veces a comer un poco de carqueja y uno se impacienta. Es mejor ir a pie, llevarse a sí mismo, que llevar un macho. “¡Qué brutos animales!” —repetía como un estribillo, el tío Ignacio—.

Y por fin en la cumbre, habiendo domeñado al coloso, puéstole los pies en la cabeza, y contemplando, mientras se toma huelgo, cuál será la mejor bajada. Allá en el fondo la entrada de la tercera barranca, la del río Hurdano, que se hurta a la vista en el intrincamiento de los montes, cuyos perfiles se cruzan como en el corte que llaman los carpinteros cola de milano. Y al pie de nosotros, en la hondonada, la testudo de tejados pizarreños de Ríomalo de Arriba. Al acercarnos al cual una chicuela que estaba en un huertecillo, salió disparada, saltando de risco en risco, como una cervatilla a la que se sorprende. Y subían cantares del fondo. Y no la primera vez, pues ya otras, al acercarnos a estos misérrimos pueblecitos, oímos algún cantar humano subir barranca arriba, hacia los cielos.

Las Hurdes Altas, desde Ríomalo de Arriba a Las Mestas, es, en conjunto, lo menos malo de toda la región hurdana. Las parras que sombrean de un lado a otro la callejuela principal de Ríomalo, al despedazar la luz que en ella entra, como que la viste de un abigarrado traje. Al salir del pueblecillo, sus habitantes casi todos habíanse congregado a oírnos marchar. “¿Qué serán? ¿Los del camino? ¿Ingenieros? ¿Acaso algunos que vuelven de América?”

Junto al río, entre las piedras, la moza que estaba a macerar el lino, se lavaba las ágiles piernas. Y era un espectáculo de paz y de sosiego. Una moza esbelta, firme como un arbolillo silvestre, que no conoce la poda. Me acordaba de Rousseau y de sus teorías, tan en boga en un tiempo, sobre el estado de naturaleza.

Un alto en el Ladrillar, a tomar huelgo y agua, esa agua como no la hay otra. Y reunión de comadres y las lamentaciones de rigor. Hasta que un recio mocetón, curtido de sol, que llevaba a un niño en brazos exclamó que estaba ya harto de oír tanto repetir que era aquella la peor tierra; que esto no era así, ni mucho menos; que él había corrido mundo, habiendo estado en el Canal —el de Panamá—, en el Brasil, en la Martinica, en Jamaica..., y que había visto muchas tierras peores que la que ellos habitaban. “¿Pero esas tierras están habitadas?” —le pregunte—; y él: “—No, señor, porque no las cultivan” —me contestó—. “Esa es la diferencia —le dije—; que allí no se empeñan en habitar y cultivar lo que no lo merece.”

¿Tuve razón? Porque ved por qué esos pobres heroicos hurdanos se apagan a su tierra; porque es “suya”. Es suya en propiedad; casi todos son propietarios. Cada cual tiene lo suyo: cuatro olivos, dos cepas de vid, un huertecillo como un pañuelo moquero (y no es que usen de estos últimos). Y prefieren malvivir, penar, arrastrar una miserable existencia en lo que es suyo, antes que bandearse más a sus anchas teniendo que depender de un amo y pagar una renta. Y luego es suya la tierra porque la han hecho ellos, es su tierra hija, una tierra de cultivo que han arrancado, entre sudores heroicos, a las garras de la madrastra naturaleza. Ellos la han hecho, cada uno la suya, apoyando un olivo, construyendo un bancal para una cepa, rehaciendo la cerca que destruyó la avenida de aguas o el jabalí.

No ha faltado filántropo hurdanófilo —todas estas palabras cuyo primer componente es un nombre étnico y el segundo componente es “filo”, ¿no os huelen un poco a sociología?—, no ha faltado filántropo hurdanófilo —y son dos filós— que haya propuesto como remedio al que llamaremos problema de las Hurdes despoblarlas, sacar a sus habitantes y darles modo de vivir en otra parte. Pero si un padre tuviese una hija enferma, de una enfermedad crónica que la sujeta y clava a su lecho de dolor, de donde no se puede moverla, y ese padre hubiese luchado un día y otro, y meses y años por arrancar a su hija de la muerte, y en esta lucha se hubiese extenuado, ¿le diríais que abandonase a su hija, que la dejara morir y salvase su vida? Pues la pobre tierra cultivada de las Hurdes es la hija de dolores, de afanes, de sudores, de angustias sin cuento, de esos heroicos españoles a quienes se llama salvajes. Ellos la han hecho.

Fueron allá, Dios sabe cómo, huyendo acaso de persecuciones de raza —¿quién sabe si hasta de religión!...—, fugitivos tal vez, o bien, vagueando, y allí donde ni el amo ni el fisco les perseguían, empezaron a crearse una tierra. Salen algunos, sí, pero en cuanto hacen unos puñados de pesetas vuelven a comprar. Hace unos años, lo más de Las Mestas era de albercanos —casi todas las Hurdes pertenecieron antaño a La Alberca—, mas hoy han comprado ya los que la habitan sus propias tierras, y aún alguno empieza a comprar su terreno de La Alberca.

Del Ladrillar fuimos a hacer noche al Cabezo. Noche en una buena cama, por mi parte, pues mis compañeros durmieron al sereno, en el porche de la iglesia. Yo en una buena cama, en un cuarto amplio, decorado con cuadros hechos con portadas en colores de novelas por entregas, junto a estampas de la Virgen, San Antonio y el Corazón de Jesús. Allí, la portada de *El Barquero de Cantillana*, por don Rafael Benítez Caballero¹², que editó don Felipe González Rojas; allí, un retrato del marqués de La Habana; allí el rey Amadeo, yendo, apenas llegó a Madrid, a ver el cadáver de Prim.

En el Cabezo nos ofrecieron si queríamos comprar un loro, y vino un pobre hombre a que le tradujese una carta en inglés, que había recibido de la Compañía del Canal de Panamá, en que trabajó. Sin duda el tío Ignacio le había dicho que yo sé las lenguas de todos los reinos. Y esto da tanto prestigio como el saber dibujar un poco.

¹² Rafael Benítez Caballero, *El barquero de Cantillana: Historia de un Bandido célebre, original*. Madrid, F. G. Rojas, 1888-1894 (c. 1, 1894), 2 vols.

Entre el Cabezo y Las Mestas, en un repliegue del camino, ciertos restos o despojos humanos con unos pedazos de periódico al lado. ¡Y luego dirán que es un país salvaje! Y no es que me escandalice yo mucho de la porquería, no. Hasta he pensado escribir un ensayo sobre la voluptuosidad del pringue. Ensayo lo menos sociológico posible.

Dimos vista a los cipreses de Las Mestas. Pueblecillo encantador a la distancia, que ni pintado para un pintor. Aquel río limpiísimo, aquel puentecillo, aquellos remansos a la sombra, entre piedras redondeadas de apariencia mórvida, aquellas cuestras por fondo y la corona del cielo. Y dentro ya del pueblecillo, aquella callejuela cubierta de la fronda de las vides. Y todo ello engastado entre frescas y verdes arboledas.

Desde Las Mestas, al famosísimo y ya legendario valle de las Batuecas, donde estuvo el convento carmelitano en un tiempo. El camino de Las Mestas a Batuecas es de lo más frondoso que se puede encontrar. Después de la desolada aridez de las cuestras hurdanas, pobremente vestidas de brezo, helecho y jara, viene aquel camino sombreado por prietas frondas.

Las Batuecas, como obra en gran parte de los frailes que poblaron su soledad, como obra de solitarios contemplativos, ofrece una riquísima variedad de especies arbóreas. Diríase un jardín botánico abandonado. Y en esto me recordaba el valle de Guadalupe —éste mucho más extenso—, obra de aquellos jerónimos de que nos ha dejado perenne recuerdo el padre Sigüenza. Alcornoces, encinas, robles, tejos, avellanos, cipreses, madroños, olivos..., y luego frutales de varias clases. Y allá, por los riscos, la ruina de una ermita junto a un ciprés.

Pero no voy a descubrirlos las Batuecas. Sentíame embargado por esa extraña sensación de la reminiscencia, de ir despertando a la vista de la realidad presente mi viejo recuerdo de la visita que hice a las Batuecas hace dieciséis o dieciocho años.

Las Batuecas tienen su valor proverbial en nuestra literatura. Y Legendre me dijo que madame de Genlis¹³ escribió una novela, *Les Battuecas*, donde una batueca, que vive arcádicamente y en estado de naturaleza rousseauiana en ese feliz valle del corazón de nuestra España, sale a correr mundo y a ente-

¹³ Genlis, Stéphanie Félicité Ducrest de Saint Aubin, comtesse de, marquise de Sillery (1746-1830), *Les Battuecas*, par Madme. La comtesse de Genlis. París, Chez Maradan, et a Londres chez Colburn, 1817, 2 vols. Nació en Champerci el 25-I-1746, murió en París el 31-XII-1830.

rarse de su degeneración. Y Jorge Sand dice que esa novela, que siendo niña le leyeron, influyó en su vida toda.

De las Batuecas salimos a La Alberca. Y luego a nuestra querida Peña de Francia, a tomar aire, sol y paz en aquella cumbre de silencio y de sosiego.

VIII

<En la Peña de Francia>¹

1

Subida de Batuecas al Portillo. Vista de la Alberca desde (*sic*) Portillo; Sierra de Francia y Castilla.

«El consabido viajecito a Madrid», Gráfico Mermosilla 57, miércoles 6 ag. 1913².

El helecho del *rejollijo*, para *rejollar* o refocilarse.

Van al Panamá, vuelven y compran olivos.

Se alumbran machando una aceituna pasada.

En la Peña, vaquitas (coquitas) de San Antón (candelinas), rojas con seis puntitas negras³. Los mosquitos en masas. Las nubes.

En Batuecas alcornos, cipreses, abellanos, castaños, tejos, sanguinos, castaños, olivos, madroños, ciruelos, manzanos.

El pequeño monsaño quiere ser fraile.

Los hurdanos queman los pinares del común, no los de particulares. Con dinero del Canal compran olivos.

Niebla. Espuma leche.

La bienvenida y la despedida. Quién sube?

Leer el Evangelio. Seguir la marcha de insecto.

En las praderitas quitameriendas. En un rincón amapolas.

Las horas sobre la eteridad, lluvia en el mar.

1 Salamanca, CMU, caja 10/32 (Olim.: 1.2/61), lh, 130 x 185 mm. Hoja suelta, primitivamente formando parte de una libretita.

2 Miguel de Unamuno, 'El consabido viajecito a Madrid', en *Mundo Gráfico* (Madrid), 6-VIII-1913 (OCA, IX 769-772). Es, sin duda, el artículo suyo que vio publicado en la revista, cuyo ejemplar tenían los dominicos en La Peña de Francia.

3 En Maurice Legendre: o. c., p. 31, leemos: «candelina de Dios / (mariquita o vaquieta de Dios) vete con Dios / al monte mayor / a misa mayor».

Leer el Evangelio al sol v.J.XI el que pasea de día. Junto a una roca desnuda el sol desnudo nos baña y penetra el pecho, sobre el cor <azón> leer en San Juan X. Marta y María, que se quedó en casa.

Cuando la invasión bárbaros agarenos, polígamos, iconoclastas, ocultan Virgen Madre, que luego entre rocas apareció a Simón Vela.

Las hormigas trajinando.

Trasladan R.O. Santuario Sequeros, imagen, cerco por albercanos, entregan, —Alberca, vuelta a la Peña. Mercado orines, robo, aparece en trozos, trozos en la actual.

El alto del Calvitero manchones nieve; ni está al pie. El oleaje petrificado de los picos Hurdes. Manchones amarillos del rastrojo. La sinuosa cinta del camino y la del río Francia.

PRÓLOGO

Yo novelista. Doy al Añado una novela más a la serie de las desgracias. Ensayista. Durante años nombradas.

En la Peña de Francia, sobre este echo de la gran Tía maternal que es la Tierra entre rocas, etc. bajo el Sol, oculta el viento en la celda... Santuario Virgen Madre! Al pié mosaico (alfombra) tierras, sembrados, bosque, piedra preciosa; la Laguna, Cavaco, Nava, San Martín, Sequeros, Alberca, Hurdes. La Lara...

Sobre la fina yerva, escoba, insectos, sin leer periódicos.

La guebra a lo lejos; aquí eternas, indestructibles pasiones y acciones, sentimientos y padecimientos; sin lugar ni tiempo, no historia. El convento de franciscanas del Zarzoso, *bolgazanas*. La albercacana que desde los años arrierando turriones.

4 Salamanca, CMU, 1.2/1738, hoja suelta que formó también parte de ese cuaderno de viaje, hoy descuartizado. En escritura invertida, Unamuno escribe: «Miguel de Diego/España».

5 Salamanca, CMU, caja 14/51 (olim.: 1.2/1908, fol. 63v; este folio hoy suelto, forma parte del cuaderno de notas del viaje a Las Hurdes.

En el silencio cumbre no pájaros, no ladrinos, no gallo... Zumbar moscardones. Aguila silenciosa. El pastor vaquero de Monsagro, tronco viviente y movable, ropas como líquenes, muérdagos, etc. zahories, pies raices, copa follaje, barbilla rala, candela, castaño... las vacas, chaguarzo, yerba corta entre rocas. Fortaleza Juan II. Simón Vela ⁶.

IX

<Textos bíblicos para «El Cristo de Velázquez»¹

Cristo enjugó con sus cabellos	J.XII, 3
yo soy la puerta de las ovejas	Juan X, 8 ^o -9
con barro de saliva	Juan IX
hasta cuando tendrás en suspenso (vilo) nuestra alma	Juan X, 24
/has/ta/ cuan/do/ ten/drás/ nues/tra al/ma en/ vi/lo	
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11	
si eres el Cristo dínoslo bien claro	
Dinos bien claro si eres el unguido	
Yo y el padre somos uno	Juan X
sois dioses	Juan X, 34
Se escapó de sus manos	J.X, 39
enjugó cabellos	J.XI
Si está dormido se salvará	J.XI, 12
Vayamos para dormir con Él	J.XI, 16
María estaba sentada en casa	
(esperando al Señor y sin salir	
a su encuentro como Marta)	J.XI, 20
Antipatriótico resucitar muertos	
Se ocultó en Efraín	J.XI, 54
El lienzo que le ciñe riñones.	

⁶ Personaje francés que, el 19 de mayo de 1434, descubrió la imagen de la Virgen de La Peña de Francia. M. Legendre, en el artículo «El corazón de España» narra su historia: «Vete a la montaña de Francia... Vela y no duermas».

¹ Salamanca, CMU, caja 14/51 (olim.: 1.2/1908), libreta de apuntes, fol. 62v-63r; es precisamente la libreta de viaje que llevó a Las Hurdes, que inicia con las hojas sueltas, anteriormente transcritas.

Aquél con que enjugó pies lavados a apóstoles J.XIII, 5
 y el lienzo en que enjugó los pies lavados
 de tus apóstoles de tus apóstoles, pies que lavados
 los pies lavados, con que el hombre todo se quedó puro XIII, 10 (63r)
 ¿A dónde vas, Señor, con ese vuelo? J.XIII, 36
 no podemos seguirte
 En casa de tu padre hay muchas moradas J.XIV, 2
 y tú eres el camino que a ellas lleva 6
 En casa de tu Padre las moradas
 son muchas y el camino que a ellas lleva
 eres Tú la verdad y la vida

X

<Fragmento de «El Cristo de Velázquez», compuesto en la Peña de Francia»¹

- (fa) Tú a la muerte que era el fin has hecho
 principio y soberana de la vida.
 La Muerte blanca envuelta en negro² manto
 y en caballo jardo /amarillo/ caballera Ap. VI, 8
 la Muerte, emperadora de la historia
 que segados los hombres nos encilla
 con avaricia la conquistadora. // p. 69
- (fb) Eres Tú, de los muertos primogénito Ap. I, 5
 el fruto, por la muerte ya maduro

¹ Salamanca, CMU, caja 9/50 (olim.: 1.2/93), pp. 68-72. Cuaderno borrador. Ms A. de *El Cristo de Velázquez*. Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velázquez*. Edición crítica de Víctor García de la Concha. Madrid, Espasa Calpe, 1987, p. 343. Sólo editó los fragmentos fa, fb que corresponden a la redacción definitiva: *Cuarta Parte, I: Muerte*, p. 251.

Unamuno escribe en el margen izquierdo: «Peña de Francia», indicando el lugar donde compuso los versos. En la p. 72: «Salamanca de nuevo», indica el inicio de otra etapa, ya en casa.

Variantes:

2 Manto negro envuelta.

del árbol de la vida que no acaba,
del que hemos de comer si es que queremos
de la segunda muerte vernos libres.

Se ³ hizo muerto y vivió e hizo a la muerte
corona de la vida. Ap. II, 8

(fc) Tus clavos son las llaves que nos abren
de la muerte, que es vida, los cerrojos. (gv)

(fd) Tú Blanco toro, de ⁴ lunada frente,
toro ⁵ entero que al yugo doblegaste
la indómita ⁶ cerviz y luego al hacha
que tu sangre ante el ara

(fe) Aguila el hombre, Tú, león y toro, Ez. X, 14...
la esfinge, el querubín ⁷ de nuestro sino.
Y nosotros, (Edipos) miserables, —mortales
tan sólo descifrando tu parábola
por el amor, vivir vida podemos. (fg)

(ff) Blanco león de los desiertos, mecen
vientos de fuego tu melena negra
te ⁸ envuelve el Sol tu padre, y tu mirada
entre las rocas sabe hallar su presa. // p. 70
Persigues a quien amas, y sé te huye
le acosas y atormentas, le acongojas,
no le dejas vivir; de sed se muere
y tiembla detenerse en los arroyos
donde en ⁹ acecho ve tus ojos fieros.
Cree sentir tras ¹⁰ las matas resoplidos
de tu resuello y cuando al fin rindiéndose ¹¹

3 Porque.

4 que

5 que al

6 indomable

7 serafin

8 el Sol te envuelve

9 le acecha

10 en

11 se rinde

cierra ¹² los ojos, y tu garra espera
parado el corazón, de miedo el rostro,
siente tu sangre que la sed le apaga
siente el abrazo de la dulce muerte
que le lleva a la vida a que escapaba.
Y que es, comerte, ser por tí comido.
Que es terrible tu amor, Jesús divino,
oh león de Judá, rey del desierto

(fg) Eres ¹³ el libro de los cinco ¹⁴ sellos
arrollado a la cruz el libro en blanco
donde sólo el amor lee del ¹⁵ misterio
la secreta verdad que al alam nutre.
Para la vana ciencia tu blancura
no es sino fuente de ceguera triste
y escándalo tu cruz en que tropieza.

Ap. V, 3 Nadie en el cielo ¹⁶ pudo ni en ¹⁷ la tierra
ni bajo de ella abrir el libro; sólo
puede el amor con sangre abrirlo
Sólo el amor las cuatro llaves puede
manejar que descifrar su blancura. // (fi)
p. 71

(fh) (Don Quijote en el Maladetta)
Recuerda a Monserrat, Zaragoza (El Pilar)
Guadalupe, Begoña, etc. Covadonga.

(fi) Se hizo la luna toda como sangre. Ap. II, 12

(fj) Como un libro arrollado abriose *ανεχωρισθη* el cielo Ap. VI, 14
al morir Tú en la cruz, libro de carne,
y la Palabra que creó nos dijo:
toma ese libro y cómelo, si acerbo Ap. X, 9
para tu vientre, te será en la boca
miel y dulzura.

12 de ojos cerrados tu agarrada

13 Que

14 cuatro

15 los misterios

16 la tierra

17 en el cielo

Él¹⁸ es el libro, el Maestro, y esta¹⁹ su muerte
es²⁰ la lección que ha escrito con su sangre.
No lección de palabras que hincha el viento
lección de vida que hace²¹ al alma eterna.

(fk) Hijo el hombre es de Dios, y Dios²² del hombre
hijo; Tú, Cristo, con tu muerte has dado
finalidad humana al universo.

(fl) Y con la mano misma conquie siembras
has de lanzar²³ desde la blanca nube //
en que te asientas la segur a tierra
para segar tu mies, ya bien madura²⁴⁻²⁵.

p. 72
Ap. XIX, 14

XI

<Peña de Francia>¹

Tendido cara al cielo aquí en la cumbre
lejos del llano en que la² gente³ brega⁴
libre de la penosa pesadumbre

costumbre
herrumbre
llegan

18 El libro es él

19 en

20 da

21 en el alma arraiga

22 es hijo del hombre

23 a tierra la afilada/
segur desde la nube

24 sazónada

25 (fm) Tu luz que da la vista al ciego y priva/
de ella a quien ve/

Pues Tu luz que da vista a quien no ve y que priva/
de ella a quien ve sin verte; es luz de juicio.

J.IX, 39

1 Salamanca CMU, caja 10/32 (olim.: 1.2/61), lh., 130 x 185 mm. Escribió a lápiz y sobre ello a pluma.

2 los

3 hombres

4 bregan

del oficio civil en que se anega⁵
mi congoja vital⁶ en la cumbre
mientras el viento en mis cabellos juga
limpio⁷ mi carne de la vija herrumbre
de la ciudad. El sol arde en mi frente
em mis venas la sangre como⁸ río
manso discurre sosegadamente,
me entrego del momento al albedrío
y el porvenir fundido en el presente
todo el encanto de la paz es mío

ruegan
siegan
juegan
entregan

ío

ente

ío.

Peña de Francia, 9 VIII 13.

XII

<En la Peña de Francia>¹

Para descansar de las visiones de miserias de los barrancos hurdanos, para digerirlas más bien, ¿qué mejor sino la cumbre de la Peña de Francia, al abrigo del venerado santuario? Allá arriba, pues, ascendiendo paso a paso y huelgo a huelgo el pedregoso sendero; allá arriba a hacer provisión de sol y de aire y de reposo.

Allí, en la cumbre, allí sí que parece la vida un sueño y un soplo. Pero un sueño restaurador de la vela. "Tal cosa es la vida —dijo Leopardi—, que para soportarla hace menester de tiempo en tiempo, deponiéndola, recoger un poco de aliento y restaurarse con un gusto y como una partecilla de muerte".

5 anegan

6 mis íntimos cuidados

7 (me) limpio

8 cual regato, arroyo.

Las variantes indican la primera redacción, que posteriormente fueron modificadas en una segunda y definitiva versión. El texto no lleva título.

1 En *Los Lunes de El Imparcial* (Madrid), 15-IX-1913, p. q (o. c., I, 416-419).

Allí arriba, en la cumbre de la Peña de Francia, sentía caer las horas, hilo a hilo, gota a gota, en la eternidad, como lluvia en el mar. Mejor que gota a gota diría copo a copo, pues que caían silenciosas, como cae la nieve, y blancas. Es del silencio sobre todo de lo que allí se goza. No se oye a la alondra que, elevándose desde los surcos del sembrado de las llanuras, siembra su canto desde el cielo, sino que se ve al buitre cernerse sin ruido sobre nuestras cabezas, o tal vez a nuestros pies. Porque hay aire debajo, como le hay encima y en derredor de nosotros.

¿Distracciones? ¿Diversiones? ¡No; a Dios gracias, no! Ni distracción, ni diversión, sino más bien in-tracción e in-versión. Al perderse así en aquel ámbito de aire hay que meterse en sí mismos. Pero en lo mejor de sí. Meditar, esto es, vagabundear con el espíritu por los campos de lo indefinido, mientras se contempla aquellas negras masas de mosquitas al abrigo de los muros interiores del santuario, en la iglesia y en las celdas, o mientras se espera qué hará al llegar al extremo de la varita aquella vaquita de San Antón —una redondita, roja y con sus pintitas negras— que la pusimos en la cucaña para matar en algo el tiempo, o mientras oímos perderse en el aire de la cumbre los sonos de la salve del rosario, que brotan del coro al despedirse el día.

En la vida de sosiego cualquier accidente cobra relieve. Hay que ir a despedir, escoltándolo un trecho, al que baja al llano y se va; hay que salir al encuentro del que sube. ¿Quién será ese que viene? Y luego horas y más horas en ver tenderse a nuestros pies, como un mapa que sobre una mesa se despliega, el llano.

De la parte Sur, por detrás de la intrincada malla de los montes de las Hurdes, el llano de Extremadura brillando al sol, la principal incubadora que fué de nuestros viejos conquistadores. Y del lado del Norte, este mi campo de Salamanca, este dorado campo de mis ensueños de otoño.

Me pongo de cara a la ciudad, que está allí, por sobre aquel piquito oscuro. A mi derecha, al naciente, el macizo de la sierra de Béjar, el Calvitero, en forma de gigantesca parva. Brillan algunas casas de Béjar. Saludo a la cima hermana, más alta que ésta en que estoy, y donde una vez, antes de rayar el alba, acostado en tierra y sin más techo que el cielo, me vi envuelto en una nube de tormenta. Y fué entonces cuando comprendí al Dios del Sinaí.

Más acá de Béjar, y a mi derecha también, la región de la sierra de Francia. El río Francia va allá, por dentro de esa mancha que marca su tajo. Allí abajo está San Martín del Castañar, con las ruinas de su castillo, cubiertas en parte por el manto verde de la yedra, y más allá, después de pasado Sequeros, Miranda, del Castañar también, y también con su castillo. A cada uno de esos

pueblecitos se podría bajar en un vuelo desde esta altura, sin más que dejarse planear, con las alas quietas. En estos castillos habitaron acaso señores cuando los señores vivían en el campo, allá, que sé yo..., en los viejos tiempos de Maricastaña, en los días aquellos en que las hijas de los reyes

iban a lavar sus paños al agua,

según canta la canción infantil. Y todo ello son hoy canciones de niños. Los castillos de Castilla están vacíos, y los nietos de los que los levantaron no es que no los habiten, es que los dejan arruinarse y abatirse a tierra. A lo mejor sirven sus piedras para hacer cercas.

Aquí, más cerca, diríase que a un tiro, otras ruinas, las ruinas del convento de abajo, junto al Maillo. Era el convento de invierno que tenían los dominicos que veraneaban en este convento alto de la cima de la Peña. Pocas cosas más melancólicas que una colmena silenciosa y desierta. Y entre este convento abandonado y aquel otro pobre convento de Franciscas, el del Zarzoso, que se ve allí blanquear en la cuesta, ese manchón de verdura por donde se guarecen los corzos y adonde a las veces baja el jabalí.

A la izquierda, en aquel tapiz de tan variados matices y cambiantes, donde predomina el oro, brilla a las veces, a la caída de la tarde, y como un ojo celeste en la tierra, la laguna del Cristo de la Laguna. Y me sube del fondo de los recuerdos uno que allí se me grabó para siempre: el de una tarde, puesto ya el sol, en que al trasponer un pliegue del terreno vi de pronto a las encinas como mirándose en un cielo que se extendiera a sus pies.

Otra vez, a la derecha, aquí cerca, asomando tras esa loma, los tejados de la Alberca, a que domina la torre de la iglesia. Estos pueblos, que se pueden abarcar así desde lo alto, en una ojeada, y que se diría cabe cojerlos en un puño. Y allí dentro es todo un mundo. Y cerrando los ojos veo las negras calles de la Alberca, los balconajes de madera, los aleros voladizos de sus casas, las mujeres sentadas en el umbral de las puertas y los niños jugando en la calle, y allí, en la fuente, una moza llenando el cántaro. Y corre la vida, como el agua de un arroyo que baja de la cumbre entre guijarrales, y a las veces, el agua se enturbia. Y otras, como en este verano, casi se extingue por la sequía. Robustos castaños ciñen a la Alberca. Y los hombres miran al cielo, por si llueve sobre la tierra.

¿Y si no llueve? Si no llueve, los frutos abortan en leche, y a otros les ataca el tizón. Cuando el fruto de la encina, y aún el de otros árboles, enfermándose,

se mela, destila a tierra mangla, que cosechan las abejas, pues es la mangla dulcísimo tributo para la miel de la colmena. Destila miel el pobre árbol enfermo.

Una mañana, al levantarme antes que el sol y salir a saludar al campo, cubría la llanada un mar de nieblas sobre que se destacaban, como islotes, algunas colinas. Por desgarrones del mar veíase a ratos su fondo verde. Es una visión que recuerdo siempre que en el fondo de estas ciudades del llano en que vivimos amanece un día sin sol, por velarlo la niebla baja. Esta baja niebla, que retiene y arrastra sobre los plantíos los gérmenes del añublo. A la cumbre, donde no llegan las nieblas, tampoco llega el añublo del espíritu. Se añubla el alma, como el trigo, bajo la niebla que forma el vaho de nuestras mismas concupiscencias.

Allá lejos está la ciudad. No se la ve, pero se la adivina. Y allí caen las horas con ruido, como la lluvia sobre el empavesado de sus calles, sobre las losas estériles. Ese ruido se hace a las veces un rumor continuo, como el del agua que muele en una aceña, y acaba uno por no oírlo y se duerme brezado en él. Pero no se goza del silencio de que se goza aquí, en la cumbre, donde no hay aceña ni hay molienda.

Allá lejos, tras la enorme parva del Calvitero, asoman los dientes de la sierra de Gredos, cual mordiendo al cielo. Y recuerdo aquellos versos del estuendo soneto de García Tassara, los que dicen:

*Cumbres del Guadarrama y de Fuenfría,
columnas de la tierra castellana...*

Columnas, sí, pero trucas. ¿Qué sostienen? ¿Acaso el cielo? ¿O no son más bien lo que nos resta de un vasto templo que cobijó a un dios, hoy muerto, en algún tiempo? ¿O no son torres babélicas de la naturaleza, de cuando ésta quiso escalar el cielo? Aquí, bajo mis pies, dentro de esta Peña de Francia, ¿no sufre y espera algún Encélado, algún titán preso? Todo este reposo, ¿no está preñado acaso de inquietudes? ¿No es éste el punto de equilibrio en que se encuentran enormes fuerzas que se contrapesan?

Algo así debe de ser, porque del seno de este reposo siento que me invaden el alma aluviones de energía y un tumulto de pensamientos informes, de larvas de ideas, que, formando nebulosa, buscan liberación. El silencio está preñado de rumores. Y de las visiones de esos pueblecillos tendidos a mis pies parece subir la llamada de la patria. Esta alfombra que se despliega aquí, debajo mío, es un pedazo del cuerpo de España.

Hay que bajar de la cumbre, dejando a los buitres que se ciernan sobre ella. Dentro de unos meses la veré a lo lejos cubierta de nieve.

Cartas de Juan Pérez Martín a M. de Unamuno

1

La Esperanza de las Hurdes

Directiva

Particular

Pinofranqueado 15 de Sebpre. de 1913

Excmo. e Ilmo. Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi respetado Sr. y distinguido amigo: En mi poder su cariñosa del 8 y el B.L.M. en que me da las noticias que le pedía en mi última, dándole las gracias tanto por lo que a mí se refiere, como por el deseo de continuar trabajando por este mi país desgraciado. Rogándole, que si en otra ocasión visita las Hurdes, acepte el humilde hospedaje que encontrará, pero con muy buena voluntad, en esta su casa tanto V. como los amigos que le acompañen.

Como testimonio pequeño de nuestra eterna gratitud por sus arts. de «El Imparcial», pero única manera que tenemos a nuestro alcance para demostrársela, le, le acompaño el nombramiento de socio protector de «La Esperanza de las Hurdes».

Le agradecería, y dispéñeme esta libertad, haga llegar a manos de M. Maurice Legendre el título de socio de «La Esperanza» que es adjunto y que por no saber sus señas no le envío directamente.

Sin otra cosa sabe es su afmo. humilde servidor y amigo q.b.s.m.,

JUAN PÉREZ

1 Salamanca, CMU, P. 2, 30.

La Esperanza de las Hurdes
 Presidente de la Junta
 Directiva

Excmo. e Ilmo. Sr.:

La Junta Directiva de esta Sociedad en sesión del día 14 del corriente acordó: Hacer constar en acta la satisfacción con que ha leído los artículos publicados en «El Imparcial» firmados por V. E. titulados «Las Hurdes. Notas de un excursionista». Que resultan una verdadera campaña para llamar la atención de los poderes públicos hacia este pobre y aislado país. Y declarar a V.E.I. socio protector de «La Esperanza de las Hurdes» participándole por medio de oficio los anteriores acuerdos en el que se le rogaría la aceptación de ser socio protector de que es credencial la presente.

Lo que tengo la satisfacción de cumplir a los efectos oportunos.

Dios gre. a V.E. Ilma. muchos años. Pinofranqueado 15 de Septiembre de 1913.

El Vice-Presidente en funciones,

FRANCISCO MARTÍN

Exmo. e Ilmo. Sr. D. Miguel de Unamuno,
 Rector de la Universidad Literaria de Salamanca

2 Salamanca, Casa Museo-Unamuno, P. 2, 30.

Pinofranqueado 17 de Obre. de 1913

Excmo. Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi distinguido Sr. y amigo: Regreso de una excursión a Sierra de Gata donde fui a pasar una temporada y hacer la vendimia, enterándome de su carta a D. Francisco Martín. También D. Feliciano me dijo que V.E. le había escrito sobre la venida del Sr. Inspector. Dios le pague todo lo que hace por estas pobres Hurdes.

Veo con gran satisfacción que haya escrito al Sr. Gasset, pues este Sr. que ya tiene conocimiento de esta Sociedad y de sus trabajos, secundará mucho mejor la idea que perseguimos con el apoyo valioso de V.E.; siendo lástima que no llegue a hacer unos presupuestos en esta etapa liberal, para ver si conseguíamos de él aumentara la Subención y las canteras carreteras de las Hurdes caminaban más aprisa.

A Monsieur Legrendre escribí mandándole unos folletos que publicamos con las cuestiones del Obispo de Coria a quien quiere contestar.

Agradeciéndole acepte el humilde hospedaje que le ofrecí se repite su afmo. servidor y amigo q.b.s.m.,

JUAN PÉREZ

Pinofranqueado (Cáceres)

Muy Sr. mio y distinguido amigo: Me entero con gran sentimiento de el atropello cometido con el *ciudadano honrado gran cumplidor de su deber*, y hago votos por que el error cometido sea reparado cumplidamente.

Sabe es su afmo. amigo y humilde servidor q.b.s.m.,

JUAN PÉREZ

3 Tarjeta Postal: «A D. Miguel de Unamuno / Salamanca». En el matasellos: «Salamanca / 5-Sep.-14-11.M.-(37)».

Pinofranqueado 13 de Obre. 1914

Sr. D. Miguel Unamuno

Mi respetado Sr. y distinguido amigo: Recibo su postal y le doy espresivas gracias por su interés hacia las Hurdes.

Creo que los odios clericales no conseguirán mermarle en nada su fama mundial, antes al contrario, y que queda mucho más libre para dedicarse a sus estudios, pero sí le darán disgustos, que para esto sirven. Es la lucha de la libertad conta la reacción.

Suponía que Mr. Legendre se hallaría en campaña pero ignoraba su dirección y no le había escrito. Hoy me permitió, y le ruego me perdone esta libertad, remitirle la adjunta carta por su conducto para que le ponga dirección.

Si otra cosa sabe es su afmo. amigo humilde y admirador q.b.s.m.,

JUAN PÉREZ

Lamento el percance, y pido a Dios le dé paciencia para sufrir las persecuciones, tan frecuentes a los hombres de verdadero mérito; confiando se subsane la injusticia.

JUAN PÉREZ

Pinofranqueado (Cáceres) 19-9-1920

⁴ Tarjeta Postal: -Excmo. Sr. D. Miguel de Unamu-/no/ (Catedrático de la Universidad/ de Salamanca) Valencia; tachado Valencia y otra mano «Salamanca».

Pinofranqueado (Hurdes) 12 de Agosto de 1931

Excmo. Sr. D. Miguel Unamuno

Madrid

Muy Sr. mío y amigo del mayor respeto: Aunque en los tiempos bochorrosos de la Dictadura, no le he escrito, siempre estube atento a las persecuciones que sufrió parecidas a las de que también fui objeto. Yo también estaba desterrado de la provincia cuando V. estaba en las Canarias y sufrí un exodo por el estilo. Se me destituyó del cargo de Secretario de Ayunto. que ejercía en este pueblo con el beneplacito del vecindario del Ayuntamiento, y sin formarme expediente, por un Ayuntamiento del tipo de los de Primo de Rivera, por defender los intereses de los hurdanos atropellados del Real Patronato, y he estado siete años fuera de mi destino.

Al venir la República elevé una instancia al Sr. Ministro de la Gobernación, que remití certificada, para que se me repusiera en mi destino (que hoy está vacante), se me reconociera la antigüedad del tiempo que estube ilegalmente destituido y que se obligara a los concejales que sin respetar la ley me destituyeron a pagarme el tiempo que he estado cesante.

No sé el paradero del escrito, pero ruego a V. que se interese porque se me ponga y se me indemnice de mis perjuicios.

Dispense la molestia y reciba gracias anticipadas de lo que en mi obsequio realice.

Sin otra cosa sabe es su afmo. amigo humilde servidor q.e.s.m.,

JUAN PÉREZ

Sobre eso de Las Hurdes ¹

Pues Las Hurdes están de moda, volvamos a hablar de Las Hurdes. Volvamos, porque hace unos años, después de haberlas recorrido durante seis días, contamos al público las impresiones de nuestra visita. Que figuran, ya colecciones en nuestro último libro: «Andanza y visiones españolas». (Y sirva esto de anuncio o reclamo de él, porque si uno no lo hace...). Después, hemos estado más de una vez a su entrada, en Las Batuecas; hemos visto hurdanos.

Quien una vez vió aquello, sobre todo el barranco central, el que va del Gasco a Nuñomoral, pasando por Fragosa, nunca más podrá desdolerse de ello. ¡Qué tarde aquella en que después de habernos bañado en el clarísimo río, entre peñascos —lo que allí falta es tierra—, al pie de Fragosa nos rodearon los misérrimos fragosanos al husmo de escurrajadas de nuestra merienda, pero también para preguntarnos por el mundo! Y eso que hay quienes salen a él.

Porque se encuentran, en efecto, aparte de los que han ido a segar a Castilla en el Canal de Panamá, en el Brasil en Jamaica alguno... Una tarde, al entrar en el Cabezo —en el barranco superior y septentrional—, como unas mujercas empezaran a aquejumbarse con lo de «por qué tierra vienen ustedes!...; esto es lo peor del mundo...», un mocetón arguyó ácremente: «He, ya estoy harto de oír eso... He recorrido mundo y he visto tierras peores que ésta!» «¿Habitadas?», le preguntamos, y él: «¡No, porque no las cultivan!» Y aquí está el toque, en que en otros países nadie tiene que ir a cultivar peñascos de esa catadura.

Alguien ha sostenido que el llamado problema de Las Hurdes no tiene otra solución que despoblarlas, dándoles a sus actuales cultivadores tierra —no pedregales escuetos— en otra parte. Pero habría que dársela en propiedad y no en colonia. ¿Y por qué a otros no?

Lo que retiene a los hurdanos en sus fragosidades es el instinto de la propiedad. Aquellos huertos trágicos los han hecho ellos; aquella solemne pobreza es obra suya. Es la majestad de la indigencia. ¡Y luego aquella soledad!

¹ En *El Liberal* (Madrid), 27-VI-1922.

Sí, se ha hablado mucho del problema de Las Hurdes. En Plasencia se celebró un Congreso hurdanófilo a que concurrió D. Segismundo Moret, que no conocía Las Hurdes, y en la avenida de su elocuencia, como no llevaba él las palabras, sino que el ritmo y la cadencia de éstas le llevaban a él, habló del aislamiento en que vivían los pobres hurdanos, y pidió que se les pusiera..., ¡teléfono! Y se les puso. ¿Para qué? Sin duda para que se les avisase cuando había de pasar la pareja de Carabineros a arrancarles las matas del tabaco que cultivan para fumárselo y distraer así su soledad.

¿Problema de Las Hurdes? No es más que el problema general del reparto de la propiedad en España. El hurdano prefiere pensar en la majestad de su indigencia o vivir del botín de la limosna a tener que ser jornalero, durmiendo sobre suelo de un amo. Y cuando oímos hablar de ese problema, recordamos aquella estrofa del «Martín Fierro» argentino: «De los males que sufrimos, —hablan mucho los puebleros; —pero hacen como los teros— para ocultar sus neditos, —que en un lao pegan los gritos— y en otro tienen los güevos».

En nuestras correrías por recovecos y rinconadas de España —de algunas de las cuales hablamos, lector, en nuestro susomentado último libro— hemos cruzado poblados que no son mucho mejores que los de Las Hurdes. ¡Hay cada arrabal de ciudad...!

Sí, en Las Hurdes hay el bocio, y con el bocio, el cretinismo; pero en toda España se está envenenando a la mocedad, a nuestros hijos, con algo peor que el bocio a ciencia y paciencia de las autoridades. Pero es que la Policía tiene que vigilar a «sospechosos y peligrosos»... Y luego, si un padre, herido en lo más delicado de su corazón, lanza por ello su queja, se le procesa por injurias a una clase del Estado (!!!). Que así las gastan nuestra Policía y nuestra fiscalía del Reino.

Llevamos en el fondo el alma en la retina espiritual, la visión de una de aquellas chozas, de un cuchitril, en La Segur; pero guardamos también el recuerdo de aquel aire de libertad que se respiraba en las cumbres que separan los barrancos hurdanos y de aquella majestad de la indigencia laboriosa. ¡Y no ven al amo! ¡Ni el polvo que levanta el automóvil del señorito latifundiarío les ciega los ojos! No les insulta la ostentación del lujo ajeno. Acaso sean en el fondo, unos anacoretas... Peor, mucho peor la plebe arrabalera de ciertas ciudades y villas.

¿El problema de Las Hurdes? No hay que pegar en un lado los gritos y tener en otro los huevos. El problema es el de la renta y la colonia y la ganancia; es el problema de la tierra. Por no ser siervos de la gleba, agonizan los hurdanos sobre un berrocal.

Molestias contra la Grandeza¹

Comentamos, lector, eso que se ha llamado el problema de Las Hurdes, aludiendo a aquella propuesta de despoblar el trágico territorio y convertirlo en un coto de caza en vez de que tengan que defender los hurdanos sus inverosímiles huertecitos contra las acometidas de los *bichos*, como ellos dicen. Entre los bichos está el jabalí que les come las patatas. Sí; aquello podía quedar como cazadero y sus habitantes ir a cultivar otras tierras que se les diera en propiedad, que bien lo merecen. Pero en propiedad.

Y cuando acabábamos de comentar esto llega a nuestra noticia la reunión que, bajo la presidencia del duque del Infantado, han tenido en la Alta Cámara —por muy alta que sea, siempre cámara— los senadores que no están conformes con la reforma tributaria que establece el señor ministro de Hacienda y que es, aunque muy moderada, una de las mejores cosas que ha hecho este Gobierno. Los senadores más o menos latifundarios y más o menos de la grandeza —grandes en chico— se han alarmado ante los proyectos del señor Bergamín.

«No es posible admitir —dicen— la orientación de que en las leyes fiscales se traten y reformen nuestras leyes substantivas.» Lo que no sabemos bien es en qué consiste la substancialidad de la ley, aunque tratándose de una protesta de grandes terratenientes suponemos que será en el sacrosanto derecho de usar y abusar de la propiedad.

Y siguen los grandes protestantes: «Toda nueva molestia creada contra la propiedad ha de repercutir necesariamente en el retraimiento de los capitales en la construcción de fincas urbanas y en la adquisición de rústicas, lo que significa una notable agravación del problema de la vivienda y un perjuicio real para un importante sector de nuestra riqueza nacional».

Que el problema de la vivienda se agrave por el retraimiento del capital privado es algo que depende tan sólo de la cobardía de los Gobiernos. Y de la terrible labor del Senado, covachuela de la cazurra plutocracia, que no ha hecho sido torpedear todos los proyectos de ley que se proponían aliviar ese y otros problemas de parecida índole. El impuesto de inquilinato, verbigracia, salió

¹ En *El Liberal* (Madrid), 27-VI-1922.

desnaturalizado de la Alta Cámara. En la que tiene asiento y maniobra el más desenfrenado egoísmo plutocráticos y *de grandeza*.

En cuanto a que «toda nueva molestia creada contra la propiedad» —la territorial, se entiende— haya de repercutir necesariamente en el retraimiento de los capitales en la adquisición de fincas rústicas, ni es tan claro como al duque del Infantado y consortes parece parecerles ni es ello un mal para la economía nacional. No es tan claro, porque sabemos de más de un terrateniente —*grande* de España alguno de ello— que se está apresurando a vender sus fincas en vista de las *molestias* que se le crea a la propiedad quirritaria, y que encuentra compradores. Y cuando hay compradores quiere decir que hay quienes están dispuestos a cargar con esas *molestias*. ¿Molestias, eh?

Ni es un mal que esos capitales a que aluden nuestros *grandes* de España se retraigan de adquirir fincas rústicas, con tal que haya quienes las cultiven proporcionándoles, por otros medios, el capital para ello. Lo primero que hay que hacer es impedir que haya terrateniente, blasonado o no, que mantega incultas sus tierras para sostener —por un proceso muy bien estudiado y que huelga exponer ahora aquí— el tipo general de renta. Terrenos que podríamos llamar *amarillos* o de reserva.

Algún titulado noble le hizo pasar a caballo por sus fincas al rey don Alfonso, camino de Granadilla, cuando podía haber legado a esta vieja villa amurallada en automóvil y sin rodeo, pero lo que ese gran terrateniente no le habrá explicado al regio inspector de la majestad de la indigencia extremeña es que son las grandes dehesas de Extremadura y el régimen de la propiedad territorial en ella lo que explica el caso trágico de Las Hurdes. Porque los hurdanos no son sino el producto de ese régimen. A los hurdanos los ha hecho —y hay hurdanos en casi toda España— esa *grandeza* antigua o moderna que protesta contra «toda nueva molestia creada contra la propiedad» contra la sacrosanta propiedad señorial.

A ver si a uno de esos fulanos grandes se le ocurre comprar Las Hudes para coto de caza y llevar a los hurdanos a tierras —que sean luego de ellos— donde se les cure el bocio y no tengan que defender las acometidas del jabalí sus huertos de patatas.

¡Los grandes de España! Dícese que la Gran Campaña Social fracasó por las *molestias* con que amenazaba al bolsillo de esos *grandes*. No lo creemos, sino que éstos, los *grandes* y sus parejos y consocios y coaccionistas, no tenían mucha fe en la eficacia de aquella Universidad Católica de Ciencias Sociales y toda la restante fantasmagoría jesuítico social. Y no les faltaba razón. Es mejor

apostarse en la Alta Cámara y velar desde allí por que no se altere la substantividad de las leyes.

¡Registro de arrendamientos! ¡Dios nos libre! Y, sin embargo, convendría para edificación de España que se publicaran algunos de esos contratos de arrendamiento para que supieran todos los que sienten dolor de la tierra patria lo que significa la substantividad de la ley para algunos de esos *grandes* terratenientes productores de hurdanos.

Podría sostenerse, sin paradoja, que es el Senado el que principalmente ha hecho Las Hurdes. Las de Extremadura y todas las demás Hurdes españolas. Y junto a la majestad de la indigencia de Las Hurdes nos resulta muy chica, muy mezquina, muy miserable, la grandeza de España aprestándose a defenderse de *molestias* contra la propiedad.

MIGUEL DE UNAMUNO

Pauperismo y crecimiento de la población. Tendencias de la población hurdana a largo plazo (1534-1900)

1. POBLACIÓN, POBREZA Y DESARROLLO ¹

Cuando Livi-Bacci quiso definir con una imagen la característica fundamental de la población de Antiguo Régimen y los cambios que en ella introdujo la transición demográfica, recurrió a la maquina de vapor y a la mejora que en el rendimiento de dicha maquina sobrevino a raíz de la invención y aplicación del condensador de Watt. La idea sugiere que las poblaciones preindustriales funcionaban del mismo modo que lo hacía la maquina de vapor primitiva: gran cantidad de combustible —los hombres—, producía un trabajo —crecimiento— escaso, derrochando energía y potencia en pos de unos resultados ínfimos. Así era y un esquema similar permaneció invariable en toda Europa hasta los años centrales del siglo XVIII. A partir de este momento, los índices del crecimiento de la población inglesa comienzan a despuntar de manera excepcional y desconocida desde hacía más de dos siglos; lo que estaba ocurriendo en Inglaterra, Gales o Escocia, coincidía con lo ocurrido en otras zonas del noroeste europeo —como los Países Bajos y el norte

¹ El contenido principal de este estudio es un resumen de mi Memoria de Licenciatura, Memoria que realicé bajo la dirección del Dr. D. Miguel Rodríguez Cancho, y fue leída en abril de 1993 en la facultad de Filosofía y Letras de la UEX. Los datos que van de 1860 a 1900 son, por contra, resultado de investigaciones posteriores.